
CUARENTA Y CINCO MAESTROS Y AMIGOS
QUE YA NO ESTÁN

Sergio Guerra Vilaboy

ÍNDICE

Nota del Autor

Manuel Galich: el Verbo de la Revolución Guatemalteca

Dedicatoria de Cardoza y Aragón a Manuel Galich

Pérez de la Riva: mi inolvidable profesor de demografía

Francisco Pividal, primer presidente de ADHILAC

Acosta Saignes y la antropología cultural en Venezuela.

Tolentino y los orígenes del prejuicio racial en América

Puiggros: de historiador comunista a Montonero

Grigulevich: comunista, internacionalista e historiador

La revolución en la historia de América Latina de Manfred Kossok

José Luciano Franco: de tabaquero a historiador

Sosa y sus estudios históricos y antropológicos

Agustín Cueva y el llamado descubrimiento de América

Federico Brito: fundador de la historiografía marxista venezolana

Ricaurte Soler, pensador de Nuestra América

Francisco Pérez Guzmán: el modesto historiador cubano

Encuentro con Juan Bosch

Nuestra América de Núñez Jiménez

Gérard Pierre-Charles: intelectual revolucionario de Haití

Bagú: uno de los grandes historiadores latinoamericanos

De la Osa, aprismo y Revolución Cubana

El paraguayo Joel Atilio Casal y su ineludible Koe-yú

Lucho Vitale y el revisionismo historiográfico en Chile

Le Riverend, emblemático historiador cubano

Una apasionada martiana: Nydia Saravia

Gustavo Vargas Martínez: cartógrafo del conocimiento

Apolinar Díaz-Callejas, reforma agraria y derechos humanos

Guillermo Toriello, paladín de la dignidad latinoamericana

Emilio Cordero Michel: aguerrido historiador dominicano

Aurea Matilde Fernández, maestra de maestros

Don Miguel León Portilla: eminente historiador mexicano

Arístides Medina Rubio, padre de la historia regional en Venezuela

Moreno Fragnals y sus historias sobre la *sacarocracia*

Jacob Gorender, guerrillero e historiador

Tabares, la Escuela de Historia y la ADHILAC

Feliciano García, el amigo leal y sus estudios de historia económica

Un personaje fuera de serie: el historiador gallego Elixio Villaverde

Roland T. Ely: “el último de los mohicanos”

Otto Morales y su visión de Indoamérica

Gira académica con Richard Alan White

Halperin y su sugerente Historia latinoamericana

El último libro de Jorge Ibarra

Nuez, el caricaturista de la Revolución

Los aportes de Alejandro García a la historia de Cuba

Jorge Núñez, el primero de los historiadores ecuatorianos

Un historiador excepcional: Eusebio Leal

Nota del Autor

En abril de 2019 mi gran amigo mexicano doctor Carlos Bojórquez Urzaiz, de Mérida (Yucatán), me invitó a colaborar en la revista digital, *Informe fracto*, cuya dirección había asumido. Con todo gusto comencé a enviar desde entonces dos colaboraciones semanales para la sección denominada *Madre América*, que invoca el nombre de un texto paradigmático de José Martí, las que mantuve sin fallar hasta el cierre de *Informe fracto* a fines del 2021.

Como se trataba de notas cortas, de una extensión inferior a tres cuartillas, desde el principio me incliné por publicar relatos poco conocidos, insólitos o mal contados de la historia continental, muchos de ellos recogidos después en el libro *Historias Asombrosas de Nuestra América*. Al mismo tiempo fui sacando en el mismo sitio pequeñas notas biográficas de algunos de mis amigos que ya no están, en su mayoría maestros y colegas del difícil oficio de escribir la historia. Hace un par de años, el editor chileno doctor Jorge E. Retamal Hidalgo reunió la mayoría de estas pequeñas notas biográficas en el libro *Vidas Maestras que ya no están* (Valdivia, Chile, Ediciones A89, 2020). Ahora las presentó a los lectores con algunas más inéditas, que llegan a casi medio centenar, que dedicó a la memoria de todos ellos.

La Habana, verano de 2022

Manuel Galich: el Verbo de la Revolución Guatemalteca

El guatemalteco Manuel Galich López (1913-1984) ya era muy conocido cuando se estableció en Cuba en 1962, después de obtener el Premio Casa de las Américas el año anterior con su obra de teatro *El Pescado Indigesto*. Se había dado a conocer como dramaturgo desde fines de los años treinta con piezas como *Papa Natas*, el *Canciller Cadejo* o *Entre cuatro Paredes*, en las que se valía de una fina ironía y el juego de palabras. Desde su exilio en la Argentina sus piezas de teatro afinaron el filo político, ganando en lo satírico y en la denuncia social, a la vez que incorporaba innovaciones conceptuales, formales y temáticas. Combinando la tragedia y la comedia, creó admirables diálogos y situaciones de marcada proyección antimperialista y revolucionaria como puede apreciarse en *El tren amarillo, drama del Caribe en tres actos* (1955), *Prohibido para menores* (1956), *La trata o El campanólogo* (1959), *El último cargo* (1964), *Mr. Tenor y yo* (1975) y *Teatrinos* (1979).

Desde que estudiaba derecho en la Universidad de San Carlos de Guatemala, Galich sobresalió por su oposición al régimen de Jorge Ubico, lo que lo obligó a exiliarse en El Salvador, acontecimientos que relata en *Del pánico al ataque* (1949). Tras la caída de la dictadura, Galich, apodado por su atractiva oratoria el *Verbo de la Revolución*, devino figura de primer plano. Ocupó altas responsabilidades, desde presidente del Congreso Nacional y ministro de Educación del gobierno de Juan José Arévalo hasta canciller durante el mandato de Jacobo Arbenz, de quien también fue embajador en Argentina y Uruguay. En esta misión diplomática le sorprendió la invasión contrarrevolucionaria a Guatemala, preparada por la Agencia Central de Inteligencia (CIA) de Estados Unidos y que denunciara en *Por qué lucha Guatemala. Arévalo y Arbenz: dos hombres contra un imperio* (1956).

En Cuba, se convirtió en figura central de la Casa de las Américas y fue también el primer profesor de Historia de América en la recién fundada Escuela de Historia de la

Universidad de La Habana (1962), materia que impartió por más de dos décadas, ofreciendo en sus cursos y conferencias una visión renovada del devenir continental, salpicado con sus simpáticas anécdotas. Recién graduado de esta carrera, tuve la suerte de tenerlo de profesor en los seminarios que dirigía para los jóvenes docentes de Historia de América, que integraríamos desde 1974, bajo su impronta intelectual, el departamento homónimo en la Universidad de La Habana. A esa época corresponden sus textos *Mapa hablado de la América Latina en el año del Moncada* (1973), *El libro precolombino* (1974) y *Nuestros Primeros Padres* (1979), que conservo con su cariñosa dedicatoria.

Recuerdo las muchas ocasiones que compartimos, como en las inolvidables sesiones del congreso sobre el pensamiento político latinoamericano en Caracas, al conmemorarse el bicentenario del nacimiento del *Libertador*. Tampoco puedo olvidar aquella esplendida noche de agosto de 1983, en el balcón de su casa en La Puntilla, cuando tuvo la generosidad de comentarme página por página, durante varias horas, paladeando tragos de ron, mi pequeño libro sobre la historia de Guatemala acabado de terminar.

Nuestra última conversación tuvo lugar en su despacho de la Casa de las Américas pocos días antes de su repentina enfermedad. Hablamos de los resultados de un tribunal de categorías docentes en la que una colega no había salido bien, de su próximo curso en la Licenciatura en Historia y del libro que escribía sobre la historia de los pueblos centroamericanos, que quedó inconcluso. En reconocimiento a este hombre excepcional de Nuestra América, poco antes de su fallecimiento, el 30 de agosto de 1984, la Universidad de La Habana le concedió el título de Profesor Emérito, que Manuel Galich aceptó en formidable discurso improvisado en el Aula Magna.

Dedicatoria de Cardoza y Aragón a Manuel Galich

Luis Cardoza y Aragón (1901-1992), es una figura mítica de la intelectualidad latinoamericana. Entre sus primeras obras destacan los poemarios *Luna Park* (1923), *Maelstrom* (1929), *La torre de Babel* (1930), *Catálogo de pinturas* (1934) y *El sonámbulo* (1937), así como *Apolo y Coatlicue, ensayos mexicanos de espina y flor* (1944). Dos de sus libros en prosa, *Guatemala, las líneas de su mano* y *La Revolución Guatemalteca* (1955), dedicados a la atribulada historia de su tierra natal -consideró a México su segunda patria, país que le otorgó la Orden del Águila Azteca-, lo hicieron mucho más conocido.

En una de esas obras acuñó la frase de los diez años de primavera en el país de la eterna tiranía, en alusión al paréntesis democrático de 1944 a 1954, proceso que defendió y representó en los más diversos escenarios y foros. Desde su juventud, Cardoza y Aragón se vinculó a la vanguardia literaria y artística de América Latina y Europa y fue amigo de Picasso, Vallejo, Alfonso Reyes, García Lorca, Neruda, los muralistas mexicanos (Rivera, Orozco, Siqueiros) y muchas otras grandes personalidades.

Lo conocí octogenario en La Habana, en julio de 1985. Asistía a un encuentro de intelectuales, convocado por Fidel Castro, para debatir sobre la deuda externa de América Latina, integrando la delegación guatemalteca junto a los sociólogos José Luis Balcárcel y Edelberto Torres Rivas y el dramaturgo Manuel José Arce. En esa ocasión recibí la encomienda de acompañarlo, lo que me brindó la inolvidable oportunidad de compartir con un intelectual sencillo, pero fuera de serie, a quien sólo conocía por sus textos. No olvido que en la recepción ofrecida en el Palacio de la Revolución lo dejé “abandonado” con otros delegados, atraído por las ofertas del brindis y los amigos que encontré en aquel inmenso salón. Al filo de la madrugada Roberto Fernández Retamar

me avisó que Cardoza indagaba por mí. Lo encontré sentado, casi a horcajadas, como un chico travieso, sobre una de las voluminosas rocas que intenta recrear, en el interior del majestuoso edificio, el paisaje de la Sierra Maestra. Sin reproche ni síntomas de cansancio me preguntó: “¿Nos vamos?”

Una noche nos refugiamos, en compañía de varios amigos, en el agradable bar del Hotel Comodoro. Allí don Luis se robó la conversación, haciendo gala de su prodigiosa memoria y fino humor, contando un sinnúmero de historias de su larga y fructífera vida, muchas de las cuales publicaría después en su libro de memorias: *El Río. Novelas de Caballería* (1986). Una de ellas tenía que ver con mi maestro en la Universidad de La Habana, Manuel Galich (1913-1984), entonces recién fallecido quien, como comentamos en la nota anterior, había sido un exitoso dramaturgo y brillante orador, no en balde fuera llamado el Verbo de la Revolución Guatemalteca.

Cardoza nos contó que lo conoció poco después de la caída de la dictadura de Ubico y nos hizo saborear esta sabrosa anécdota que comparto con los lectores: “Una mañana me dice, cuando nos acabábamos de conocer: *No he leído nunca un libro tuyo*. Íbamos en automóvil con varios amigos de su edad, diputados a la Asamblea Nacional Legislativa que él presidía, y como pasaríamos frente a mi habitación nos detuvimos con el fin de recoger un libro para él. Eran suyas no pocas de las pequeñas farsas violentísimas que se representaban en la velada del Viernes de Dolores, festejo tradicional de los estudiantes universitarios, en el que podían desfogar las furias contenidas. Algunos dictadores permitieron raras veces estas veladas. El precoz renombre de Galich se debía a los discursos del agitador y a las obras del comediógrafo. Por esos días somete a la Asamblea Legislativa la Ley Galich que aspiraba a considerar el servilismo como delito, con la alegre idea de que a tal práctica debíanse las dictaduras. Al ejemplar de *Apolo y Coatlicue*, le puse esta dedicatoria: *A Manuel Galich, autor de la ley de su nombre y otras comedias*. Abrió el libro, soltó la carcajada y lo hizo circular entre sus acompañantes.”

Pérez de la Riva: mi inolvidable profesor de demografía

Leía el periódico mientras esperaba al profesor que daría la siguiente materia cuando Juan Pérez de la Riva entró al salón y desde sus primeras palabras atrajo toda mi atención al adentrarme en un mundo desconocido: la demografía histórica. Poco tiempo después me tocó ser su alumno ayudante, junto con Alberto Prieto, y no olvido nuestra difícil primera reunión con el irónico y enigmático profesor, siempre armado con su pipa, en la biblioteca de la Escuela de Historia. Mi último encuentro con él fue totalmente diferente, en una recepción del Premio Casa de las Américas en 1976, donde compartimos, como si hubiéramos sido viejos amigos, en compañía del gran caricaturista cubano Juan David, a quien me había presentado.

Pérez de la Riva, no sólo fue quien le puso apellido a la demografía, con sus enjundiosas indagaciones del devenir de la población cubana, sino también el iniciador de las investigaciones sobre *la historia de la gente sin historia*, frase que acuñó. Procedía de una acaudalada familia burguesa cuyo lujoso palacete, construido en 1907 al estilo renacimiento italiano, fue vendido por su madre a la cancillería cubana y es hoy la sede del Museo de la Música. Nacido casualmente en Biarritz (Francia), el 14 de julio de 1913, donde su familia pasaba largas vacaciones, con apenas 17 años ingresó en la Liga Juvenil Comunista, participó en actividades del Socorro Rojo -junto a obreros y vendedores ambulantes judíos que le hicieron conocer “la pobreza, la generosidad y la abnegación por un ideal”- y trabó amistad con importantes figuras como Juan Marinello -que lo introdujo al marxismo- y el poeta Federico García Lorca. Opuesto a la dictadura de Gerardo Machado en las filas del Ala Izquierda Estudiantil, junto a Raúl Roa y Pablo de la Torriente, fue detenido en 1932 y encarcelado en el Castillo del Príncipe y el llamado Presidio Modelo de Isla de Pinos, hasta que fue expulsado del país como “extranjero indeseable”.

En Grenoble y París estudio ingeniería eléctrica y ciencias sociales, teniendo entre sus profesores a los destacados historiadores Marc Bloch, Jacques Pirenne y Edmond Esmonin, al geógrafo Raoul Blanchard y al demógrafo Alfred Sauvy, etapa a la que corresponde su primer texto impreso: “Inglaterra y Cuba durante la primera mitad del siglo XVIII” (1935). En 1943, huyendo del avance del nazismo en Europa, retornó a Cuba, con su mujer francesa Sarah Fidelzait (1912-1991), una bella maestra de primaria, hebrea y comunista, con quien se había casado en 1936 y que traía su único hijo.

En la mayor de las Antillas se hizo cargo de la administración del extenso latifundio familiar, más de cuatro mil hectáreas en San José de Sumidero, en la Sierra del Rosario (Pinar del Río), donde vivían varios centenares de campesinos. Reducido a sólo seiscientas hectáreas en 1959 por la reforma agraria dictada por la Revolución, Pérez de la Riva decidió entregar el resto de la tierra, con su ganado, equipos y la propia casa de vivienda en el municipio de Rancho Mundito. Radicado en la ciudad de La Habana en forma definitiva, con 47 años de edad, fue contratado como asesor de la colección cubana de la Biblioteca Nacional, donde luego dirigió la revista de esta institución, mientras su esposa se convertía en bibliotecaria de las escuelas de Historia y Letras. Desde entonces pudo consagrarse por completo al trabajo intelectual.

Sin abandonar la Biblioteca Nacional, en 1962 se encargó del centro de documentación del Instituto de Geografía de la Academia de Ciencias de Cuba y fue profesor en la Escuela de Geografía de la Universidad de La Habana, hasta que en 1971 se trasladó a la Escuela de Historia. Publicó más de setenta artículos y ensayos, como “¿Cuántos africanos fueron traídos a Cuba?” (1970), junto a una veintena de libros, entre ellos *Contribución a historia de la gente sin historia* (1974), en coautoría con Pedro Deschamps; *El barracón y otros ensayos* (1975); *Los culíes chinos en Cuba* (2000) y *La conquista del espacio cubano* (2001), estos dos últimos editados después de su

muerte. Además, fue profesor invitado del Colegio de Francia y del St. Anthony's College de Oxford, así como de la Universidad de París-Nanterre.

En 1969 tuvo la ocasión de recorrer de nuevo sus antiguas propiedades, de lo que dejó constancia en una mini autobiografía: “Pude regresar a la hacienda familiar con mis alumnos a investigar lo que había hecho la Revolución por campesinos, que yo creía haber tratado bien. Conversé con los viejos amigos, pero ahora en un plano distinto, y estrenamos todas palabras nuevas. Volví a ver la casa que yo había hecho construir pensando en mi mundo quimérico y convertida en círculo social, me gustó mucho más.” No en balde le gustaba presentarse como: “Geógrafo e Historiador. Cubano y revolucionario”. Murió en La Habana el 4 de diciembre de 1976.

Francisco Pividal, primer presidente de ADHILAC

El cubano Francisco Pividal Padrón (1916-1997) fue el primer presidente de la Asociación de Historiadores Latinoamericanos y del Caribe (ADHILAC), fundada en 1974 en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) por un comité gestor encabezado por el profesor mexicano Alfonso García Ruíz. Elegido en ese cargo por un congreso en Quito (1981), Pividal imprimió un gran impulso a la organización continental de historiadores, tal como fue reconocido en el encuentro internacional de ADHILAC en Sao Paulo cuando entregó la presidencia al ecuatoriano Jorge Núñez (1990).

Abogado, profesor, diplomático, historiador y periodista, Pividal fue un profundo conocedor de Simón Bolívar. En 1977 obtuvo el Premio Casa de las Américas con su libro *Bolívar, precursor del antimperialismo*, a la que debe agregarse *Simón Bolívar: la vigencia de su pensamiento* (1982); *Bolívar: Primeros pasos hacia la universalidad* (1982); *Bolívar en vivo y en directo* (1986) –con sus respuestas a los oyentes de la emisora colombiana Cadena Caracol- y *Simón Bolívar* (1989). Además, publicó más de

dos centenares de artículos sobre historia y educación en diferentes periódicos, entre ellos el *Diario de la Marina*, *Avance* y *Granma*, a cuyo *staff* perteneció por varios años. Por sus aportes recibió el doctorado en Ciencias Históricas y, en mayo de 1997, la condición de Profesor Emérito de la Universidad de La Habana, ocasión en que el elogio estuvo a cargo de Eusebio Leal.

Admirador de Bolívar, en 1956 siguió el recorrido del *Libertador* durante la guerra de independencia, viaje que aprovechó para escudriñar archivos en Caracas, Bogotá, Quito, Guayaquil y Lima. Fundó en la Universidad de La Habana la Cátedra Bolivariana. Incluso, el propio Gabriel García Márquez lo consultó cuando preparaba *El General en su Laberinto*, considerando su opinión decisiva para comprender el libro que debía escribir.

Desde los cuarenta, Pividal se radicó en Venezuela, donde tuvo uno de los mejores colegios del país: el "Panamericano" de Maracay. Allí se comprometió en la lucha contra la dictadura de Batista y su labor fue muy apreciada para aglutinar el exilio cubano en torno al Movimiento 26 de julio, a la vez que cumplía otras tareas asignadas por esta organización en México, Colombia, Panamá y Haití. Al triunfo de la Revolución fue el primer Embajador nombrado por el Gobierno Revolucionario y en esa condición acompañó a Fidel Castro en su apoteósico viaje a la capital venezolana en enero de 1959, del cual dejó una vívida crónica en *Los tres días de Fidel en Caracas hace 30 años*, editado por la Universidad Central de Venezuela. Declarado "persona non grata" por Rómulo Betancourt, pretextando su infatigable propaganda revolucionaria, debió regresar a Cuba en 1960 para cumplir nuevas misiones diplomáticas, entre ellas la de Embajador en El Salvador y luego miembro del Secretariado del Movimiento Cubano por la Paz y la Soberanía de los Pueblos y vicepresidente de las asociaciones de Amistad con Mongolia y de Solidaridad con Viet-Nam.

Pividal, además de mi maestro, fue un inolvidable amigo, relación que comenzó a forjarse cuando se desempeñaba como vicedecano docente de la Facultad de Humanidades de la

Universidad de La Habana. Colaboré, junto con Oscar Zanetti y Francisco Pérez Guzmán, en la oficina de ADHILAC que funcionada en el despacho que, como secretario ejecutivo de la Comisión Cubana Conmemorativa del Bicentenario del Nacimiento de Simón Bolívar, tenía desde 1978 en Casa de las Américas. También tuve mucho que ver con la edición de su último libro, cuando ya cumplía ochenta años de edad, impreso por la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo (1996). Renuente a publicar esta especie de memoria íntima de la lucha contra Batista, titulada *El Movimiento 26 de Julio en Venezuela y quienes lo apoyaron*, que establece la verdadera contribución de muchas personas, estampó de su puño y letra en el ejemplar que me dedicó el 24 de agosto de ese año, día de su cumpleaños: “A mi entrañable amigo revolucionario Profesor Sergio Guerra que tanto me ha ayudado, aunque no sé si para bien o para mal.”

Acosta Saignes y la antropología cultural en Venezuela.

Miguel Acosta Saignes (1908-1989) es considerado con justicia el precursor de la antropología histórica y cultural en Venezuela, donde se le valora como uno de los más notables intelectuales del siglo XX. Hace unos años atrás, tuve la oportunidad de visitar en Beas, un pueblito en las afueras de Huelva (España), la Casa de Venezuela y mi anfitrión venezolano, Carlos de Armas, se sorprendió cuando le conté que había conocido personalmente a su maestro Acosta Saignes. Mi encuentro con este prestigioso antropólogo tuvo lugar a mediados de los setenta del siglo pasado, cuando lo recibí en la Escuela de Sociología de la Universidad de La Habana y unos pocos días después nos reencontramos casualmente en el aeropuerto de Santiago de Cuba, donde me preguntó por el entonces director de esa carrera, Orlando Silva, y conversamos brevemente.

Miguel Acosta Saignes perteneció a la llamada “generación del 28”, junto a Rómulo Betancourt y Pío Tamayo –con quien compartió cárcel y le enseñó el marxismo-, enfrentada a la larga tiranía de Juan Vicente Gómez. En esos años juveniles conjugó su activa participación en las luchas políticas y estudiantiles con su labor docente, el trabajo de linotipista y periodista en publicaciones como *El Heraldito*, *Ahora*, *La Voz del Estudiante*, *Ultimas Noticias* y *El Nacional*.

Tras la muerte del dictador (1935), participó en la creación del Partido Republicano Progresista (PRP) –nombre dado al Partido Comunista mientras estaba ilegal- y fue director de su periódico *El Popular*. Perseguido por su actividad política, tuvo que pasar a la clandestinidad hasta que fue expulsado del país por el sucesor de Gómez, el también general Eleazar López Contreras, en diciembre de 1937.

Exiliado en México, Acosta Saignes colaboró con la prensa mexicana, con artículos sobre la realidad social y cultural de Hispanoamérica, mientras completaba su formación en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Tras cursar tres años de Economía, atraído por la Etnología, se trasladó a la carrera de Antropología e Historia, en la que se graduó de doctor (1945) con la tesis titulada *El comercio de los aztecas*. En tierra mexicana publicó ensayos en periódicos y revistas, así como sus primeros libros: *Latifundio*. (1938) y *Petróleo en México y Venezuela* (1941).

De regresó a su patria en 1946, gracias a la apertura política del gobierno del general Isaías Medina Angarita, Acosta Saignes creó la Comisión Nacional Indigenista (1948) y fue cofundador de la revista *Archivos Venezolanos de Folklore* (1949). Al mismo tiempo, sin abandonar su intensa actividad política, comenzó su prolongada labor docente en la Universidad Central de Venezuela, donde fundó el Departamento de Antropología (1947) y obtuvo otro doctorado. A esa etapa corresponden sus obras fundamentales, entre ellas *Estudios de Etnología de Venezuela* (1954), con prólogo del sabio cubano Fernando Ortiz; *Cerámica de la luna en los Andes venezolanos* (1957); *Historia de los portugueses en Venezuela* (1959); *Estudios de folklore venezolano*

(1962); *Vida de los esclavos negros en Venezuela* (1967), en su tercera edición apareció con un prólogo-carta de su compañero de estudios en México, el historiador cubano Julio Le Riverend; *Etnohistoria de Venezuela: Época prehispánica*, (1968); *Bolívar: acción y utopía del hombre de las dificultades* (1977), Premio Extraordinario “Bolívar en Nuestra América” de Casa de las Américas (Cuba); *Edad cualitativa* (1978); *Estudios en Antropología, Sociología, Historia y Folklore* y *Tiempo secreto de Sonia Sanoja* (1981), así como *Dialéctica del Libertador* (2002), publicado póstumamente por la Universidad Central de Venezuela. Hasta el final de su vida, ya octogenario, mantuvo su rigor intelectual y el compromiso con las causas populares y la justicia social que lo caracterizaron.

Tolentino y los orígenes del prejuicio racial en América

El 15 de julio de 2019 falleció en Santo Domingo el destacado intelectual y político dominicano Hugo Tolentino Dipp, a los 89 años de edad. En 1976 la revista Casa de las Américas publicó un comentario mío sobre su enjundioso libro *Raza e historia en Santo Domingo. Los orígenes del prejuicio racial en América* editado dos años antes. La obra formaba parte de su proyecto de investigación titulado “Santo Domingo, una Isla y dos prejuicios”, dirigida a analizar las causas históricas de la discriminación racial implantada en la Isla por los españoles contra los aborígenes y los negros traídos de África. A esa altura, Tolentino ya había publicado *La raza y la cultura en la idea de lo nacional en Américo Lugo* (1967) y *Fenómeno racial en Haití y en la República Dominicana* (1973), además de *Orígenes, vicisitudes y porvenir de la nacionalidad dominicana* (1963); *Perfil nacionalista de Gregorio Luperón* (1963) –que obtuvo reconocimiento de la Academia Dominicana de la Historia- y *La traición de Pedro Santana* (1968), libro que le valió en 1976 el Premio Nacional de Historia de su país.

En mi comentario mencionado, reproducido en diciembre de 1976 por la revista *¡Ahora!* de la propia República Dominicana, señalaba que con *Raza e historia en Santo Domingo. Los orígenes del prejuicio racial en América*, Tolentino aniquila las tesis idealistas sobre el origen del racismo, explicando con claridad las verdaderas intenciones de muchas de esas pseudo teorías. Gracias a su sólida argumentación, la obra permite entender los mecanismos económicos que hicieron surgir el prejuicio racial en este continente y su sustentación posterior, proporcionando valiosos elementos para la lucha contra la discriminación racial en la sociedad contemporánea. Esta nota crítica, que creo fue la primera que publiqué, me facilitó conocerlo personalmente en enero de 1979, cuando como jurado del Premio Casa de las Américas lo recibí en la Universidad de La Habana –donde ya había estado tres años antes como rector de la Universidad Autónoma de Santo Domingo (UASD)-, para ofrecer una conferencia sobre el mismo tema.

Hugo Tolentino se graduó en 1953 de abogado en la propia Universidad Nacional dominicana y con posterioridad, obligado a exiliarse por su oposición a la dictadura de Trujillo, realizó estudios de doctorado en las universidades de Madrid (1954) y de París (1959). En 1960 comenzó su labor docente en la Universidad de Londres en la materia de Historia de las Antillas en el siglo XIX. De regreso en su patria, tras el fin de la dictadura trujillista, obtuvo por concurso en 1963 la cátedra de Derecho Internacional en su alma mater, donde jugaría un significativo papel en la reforma académica e institucional de ese alto centro de estudios. Con posterioridad, entre 1970 y 1974, también impartió clases de Sociología e Historia en la propia UASD. En su valiosa producción historiográfica también figuran *Historia de la Separación de Poderes en la República Dominicana* (1985); *La Influencia de la Revolución Francesa en la República Dominicana* (1989); *Los Mitos del Quinto Centenario* (1992) e *Itinerario Histórico de la Gastronomía Dominicana* (2007).

Tolentino participó en forma activa en la revolución de abril de 1965 y en la resistencia nacional contra la ocupación estadounidense de Santo Domingo, formando parte del grupo asesor del presidente coronel Francisco Alberto Caamaño Deñó. Luego estuvo al lado del desaparecido líder social demócrata dominicano Francisco Peña Gómez, dirigente nacional del Partido Revolucionario Dominicano (PRD), organización que representó como diputado entre 1982 y 1990 y presidente de la Cámara. En 2014, por cuestiones electorales y en oposición a la reelección presidencial, abandonó dicha agrupación para integrar el Partido Revolucionario Moderno (2014). Pruebas de la integridad personal y cívica dio muchas a lo largo de su fructífera vida, como cuando en 2003, en desacuerdo con el envío de soldados dominicanos a Irak, renunció al puesto de canciller del presidente Hipólito Mejía (2000-2004) del PRD.

Puiggros: de historiador comunista a Montonero

En 1975 tuve la suerte de recibir en la Universidad de La Habana al eminente historiador, educador y político argentino Rodolfo José Puiggros (1906-1980), algunas de cuyas obras ya había leído entonces como *De la colonia a la revolución* (1940) y su excelente *Historia económica del Río de la Plata* (1943), que lo ubicaban entre los primeros exponentes de la historiografía marxista en Nuestra América. Estos libros, junto a *La herencia que Rosas dejó al país* (1940); *130 años de la Revolución de Mayo* (1941); *Mariano Moreno y la revolución democrática argentina* (1941); *Los caudillos de la Revolución de Mayo* (1942) y *Rosas el pequeño*, (1944) –que publicó durante su exilio en Montevideo- pertenecen a la etapa en que militaba en el Partido Comunista y por tanto contienen muchos de los conceptos y esquemas stalinistas tradicionales.

Puiggros había ingresado en 1928 en esta organización, afiliada al Komintern, tras viajar a la Unión Soviética con su padre dos años antes. Con estudios universitarios en la

Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires, se incorporó como docente en la Asociación de Intelectuales, Artistas, Periodistas y Escritores (AIAPE), creada en 1935, y que dirigía Aníbal Ponce. Desde entonces, y durante veinte años, fue también redactor del periódico *Crítica* y profesor en el Colegio Libre de Estudios Superiores.

Atraído por las conquistas sociales y las reivindicaciones nacionalistas de Juan Domingo Perón, Puiggros se inclinó por el apoyo crítico a su gobierno, lo que motivó su separación del Partido Comunista (1947), integrándose al Movimiento Obrero Comunista, en el que dirigió hasta 1955 su órgano *Clase Obrera*. Este proceso lo condujo también, sin dejar el marxismo, a comulgar con el revisionismo histórico, asumiendo una posición más ecléctica desde el punto de vista interpretativo y metodológico y haciendo duras críticas a la historiografía marxista dogmática. A esta nueva etapa de su producción corresponden libros como *La época de Mariano Moreno* (1949); *Historia crítica de los partidos políticos argentinos* (1956); *Libre empresa o nacionalización de la industria de la carne* (1957); *El proletariado en la revolución nacional* (1958); *La España que conquistó el Nuevo Mundo* (1961); *El Yrigoyenismo* (1965); *Las izquierdas y el problema nacional* (1967); *Pueblo y oligarquía* (1967); *El proletariado en la Revolución Nacional* (1967); *La democracia fraudulenta* (1968); *Los caudillos y la Revolución de Mayo* (1971); *El peronismo: sus causas* –con prólogo del propio Perón– y *Adonde vamos, argentinos*, estas dos últimas de 1972.

Tras la llamada “Revolución Libertadora”, que derribó el gobierno justicialista en 1955, Puiggros se vinculó a la organización opositora Argentinos de Pie, hasta que en 1961 debió buscar refugio en México. Durante su primer exilio en tierra mexicana sobresalió como profesor de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y estuvo entre los fundadores del diario *El Día* y de su suplemento *El Gallo Ilustrado*, manteniendo hasta 1977 su columna en este periódico sobre temas internacionales.

En el efímero retorno de Perón al poder, entre 1973 y 1974, Puiggros ocupó el rectorado de la Universidad Nacional de Buenos Aires y fundó el Instituto del Tercer Mundo. Ante las amenazas a su vida por parte de la banda terrorista Triple A, la organización de los Montoneros lo trasladó a México. En su segundo exilio mexicano, dirigió desde 1977 la sección de Profesionales, Intelectuales y Artistas del Movimiento Peronista Montonero, en la que llegó a ser miembro de su Conducción Nacional. Además, fue fundador y secretario general del Comité de Solidaridad con el Pueblo Argentino (COSPA), creó el Comité de Solidaridad Latinoamericana y encabezó la Editorial Patria Grande, encaminada a rescatar la verdadera historia de Nuestra América. Rodolfo Puiggros murió en un hospital de La Habana el 12 de noviembre de 1980 y sus restos fueron inhumados en México y trasladados después a la Argentina, donde se depositaron junto a la tumba de su hijo Sergio, también dirigente Montonero, caído en combate en 1976 contra la sanguinaria dictadura militar argentina.

Grigulevich: comunista, internacionalista e historiador

Hace poco, un reportaje de *Ahí les va*, de la televisora *Russia Today* dedicado a Iosif Grigulevich Lavretski, me trajo el recuerdo del agradable encuentro que sostuve con este historiador soviético. Ocurrió en Moscú en la primavera de 1978, donde me encontraba invitado por la Facultad de Historia de la Universidad Lomonosov, ocasión en que me dedicó su biografía de *Miranda. La vida ilustre del Precursor de la Independencia de América Latina* (1974), en una bella edición venezolana, que todavía conservo, en la que estampó: “Al compañero Sergio Guerra, con fraternal abrazo”.

Nacido en una familia judía de ancestros turcos en Vilnius, capital de Lituania, en 1913, me pareció en realidad un hispanoamericano, pues hablaba muy bien el español. Era un hombre bonachón y regordete, muy amable, simpático y conversador. Sin duda fue

el latinoamericanista soviético que más me impresionó durante el mes en que estuve en la Unión Soviética de entre los muchos que conocí, como Sergó Mikoyan, Nicolai Lavrov, Víctor Volski y Boris Koval. Dejó una obra profusa, con más de sesenta libros sobre historia de América Latina, entre ellos biografías de Simón Bolívar, Benito Juárez, Pancho Villa, José Martí, Emiliano Zapata, Salvador Allende y el Che Guevara, firmados como Lavretski. En cambio, puso su primer apellido Grigulievich a las obras dedicadas a la historia de la Iglesia Católica, el papado, la evangelización o la inquisición, temas que dominaba gracias a sus estudios secundarios en el liceo jesuita del gran príncipe Vytautas de Vilnius.

Aunque algo supe entonces de su legendaria vida revolucionaria, fue después que falleció en Moscú (1988) y de la desintegración de la Unión Soviética (URSS) que se divulgaron detalles de su misteriosa labor en esos años, vinculada al movimiento comunista internacional y la inteligencia soviética. Algunas de los documentos desclasificados por el Kremlin han dado lugar a artículos sensacionalistas que atribuyen a Grigulevich las más rocambolescas actividades. Incluso manipulan datos para responsabilizarlo con asesinatos y oscuras conspiraciones internacionales como agente de la NKVD y luego de la KGB. Por este camino se llega a presentarlo como una especie de híbrido de Mata Hari con James Bond, personaje este último que se dice está inspirado en su vida.

Entre tanta información tergiversada, se hace difícil discernir la realidad de la fábula o la leyenda, aunque salta a la vista que Grigulevich fue un militante comunista consagrado a luchar por la revolución y la justicia social. Todavía un adolescente, ingresó en la sección lituana del Partido Comunista de Bielorrusia y en 1931 fue encarcelado por el gobierno polaco que hacía una década ocupaba Vilnius. Liberado, viajó a Francia en octubre de 1933, comenzó a estudiar Ciencias Políticas en la Sorbona y a colaborar con el Socorro Rojo Internacional.

Después marchó a la Argentina y se reunió con su padre, que había llegado ocho años antes y tenía una farmacia en un pueblecito de Entre Ríos. Aprendió el español, continuó su colaboración con el Socorro Rojo y se vinculó al Partido Comunista Argentino. Detenido en julio de 1936 en casa del líder socialista Augusto Bunge, viajó a Barcelona para evitar ser deportado, donde su amigo Vitorio Codovilla, dirigente de la Internacional Comunista, le consiguió empleo de traductor en el consulado soviético. Apoyó a la república española, participó en la defensa de Madrid, en el combate de Guadalajara y estuvo en el congreso de escritores en defensa de la cultura, hasta que tuvo que dejar España por la inminente ocupación franquista de la capital catalana. En enero de 1940 se encontraba en México y en unión de su amigo comunista David Alfaro Siqueiros participó en un fallido atentado a la casa de Trotski, el 23 de mayo de ese año, que lo obligó a refugiarse en Estados Unidos.

Durante los años de la Segunda Guerra Mundial realizó importantes actividades de inteligencia contra las potencias del Eje en diversas repúblicas latinoamericanas, entre ellas Argentina. En 1949 estaba en Roma como Teodoro Castro, un supuesto comerciante de café de Costa Rica, y dos años después era embajador honorario de este país ante Italia, Yugoslavia y el Vaticano, hasta que en 1954 regresó a Moscú. Fue entonces que comenzó su vida académica como investigador del Instituto de Etnografía de la Academia de Ciencias de la URSS, obtuvo su doctorado en Historia y en 1957 publicó su primera obra, *Vaticano, religión, finanzas y política*, tras ser condecorado por el gobierno de Moscú, que le reconoció su ciudadanía soviética y la militancia en el Partido Comunista.

La revolución en la historia de América Latina de Manfred Kossok

Ya había leído algunos de los sugerentes textos del profesor alemán Manfred Kossok (1930-1993), entre ellos *El Virreynato del Río de la Plata. Su estructura económica y social* (1959), cuando lo recibí en 1978 durante su primera visita a Cuba. Radicado en Leipzig (Alemania Oriental) después de terminada la Segunda Guerra Mundial, se especializó en temas de la historia comparada de América Latina, compulsado por su maestro Walter Markov, línea que reafirmó en posteriores estudios en Colonia bajo la orientación del conocido latinoamericanista Richard Konetzke.

Durante los años sesenta y setenta, Kossok se consolidó como uno de los más lúcidos representantes de la historiografía marxista dedicada a la temática latinoamericana -con especial énfasis en el periodo de 1790 a 1826-, como demostró con su libro *Historia de la Santa Alianza y la emancipación americana* (1968), fundamentado en una meticulosa investigación en archivos europeos. A esos años corresponde también su sugerente ensayo "Feudalismo y capitalismo en la historia colonial de América Latina", publicado en México por la revista *Comunidad* en 1973, donde fija su postura en la polémica sobre los modos de producción en América Latina. Con varios trabajos de Kossok sobre la historia latinoamericana comparada, entre ellos los publicados en la revista mexicana *Historia y Sociedad* a mediados de los setenta, edité en La Habana una especie de antología denominada *La revolución en la historia de América Latina* (1989). Con anterioridad, se habían publicado en Barcelona algunos trabajos suyos en la compilación titulada *Las revoluciones burguesas* (1983), con prólogo de Josep Fontana.

Pero las aportaciones historiográficas de este destacado historiador alemán se conocen poco en América Latina, pues la mayor parte de su voluminosa obra no ha sido traducida

al español. Por suerte, en los últimos años, el historiador español Manuel Chust ha ido recuperando su legado intelectual con los libros *La ilusión heroica: colonialismo, revolución, independencias en la obra de Manfred Kossok* (2010), en colaboración con Lluís Roura, y *De revoluciones, Guerra Fría y muros historiográficos. Acerca de la obra de Manfred Kossok* (2017).

Como parte de la estrecha relación que la Universidad de La Habana tejió en los ochenta con la Universidad de Leipzig, bajo la dirección de Kossok se impulsaron investigaciones conjuntas, cursos de posgrado, eventos académicos y doctorados, lo que además me brindó el privilegio de tenerlo de tutor en mí de tesis de Ph. D. Sin duda, los latinoamericanistas cubanos, y de muchos otros países, debemos mucho a su magisterio. Los indiscutibles aportes realizados por este gran historiador alemán, durante casi cuarenta años, a los estudios historiográficos y, muy en particular, al tema de las revoluciones en la historia de América Latina, no pueden desligarse de su compromiso con las causas democráticas y progresistas. Su probada fidelidad a una concepción revolucionaria y anti dogmática, Kossok la mantuvo firme hasta en la adversa coyuntura que vivió tras la crisis del socialismo europeo y la desaparición de la República Democrática Alemana (RDA).

Tres meses antes de su muerte, ocurrida el 27 de febrero de 1993, a consecuencia de una prolongada insuficiencia renal, me escribió: “Aquí seguimos luchando dentro de las posibilidades y límites que nos quedaron. La Universidad ofreció prolongar mi convenio de trabajo hasta el 31 de diciembre de 1993, gracias a las protestas internacionales. Pero no voy a firmar voluntariamente mi despedida de la Universidad para esta fecha. Sigue entonces la lucha. Mis aulas de clases están repletas de estudiantes que me buscan como profesor *no converso*. Vale la pena defenderse contra la ola del nuevo oportunismo. Con estudiantes de izquierda estamos organizando algo que se titula *El otro programa de enseñanza*, con clases alternativas. Lo más importante es: defender la dignidad.”

José Luciano Franco: de tabaquero a historiador

Cuando cursaba la carrera de Historia vi por primera vez al conocido historiador cubano José Luciano Franco enfrascado en la revisión de documentos en el Archivo Nacional de Cuba, donde tenía su propia silla. Ya había leído alguno de sus documentados libros, aunque nunca tuve la suerte de ser su alumno, pues ya no daba clases en la Universidad de La Habana, aunque con frecuencia lo escuche en conferencias, reuniones y actividades académicas. Una de las últimas ocasiones en que me lo encontré fue en una recepción del Premio Casa de las Américas, cuando llamó mi atención verlo de pie tanto tiempo, en medio del inmenso salón Che Guevara, a pesar de que ya era nonagenario (1891-1989).

Autodidacta, Franco devino, gracias a un enorme esfuerzo personal, de humilde obrero tabaquero en sus años juveniles en uno de los grandes historiadores cubanos del siglo XX. Fue también de los intelectuales más prolíferos y acuciosos que ha tenido Cuba: dejó una producción de más de medio centenar de libros y folletos. Influida tempranamente por el marxismo, una parte de su obra se distinguió por el tratamiento de temas continentales vinculados de alguna manera con la Mayor de las Antillas, para los cuales investigó afanosamente en busca de documentación.

A su formación profesional contribuyeron, desde mediados del siglo XX, sus estudios de Ciencia Municipal y Urbanismo, y de investigación histórica, bajo los auspicios del Historiador de la Ciudad, Emilio Roig de Leuchsenring, y del director del Archivo Nacional de Cuba, Joaquín Llaverías, a la vez que participaba en la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales y en la Sociedad de Estudios Africanos, creada

por Fernando Ortiz. Con posterioridad se tituló en la Escuela Profesional de Periodismo Manuel Márquez Sterling.

Una de las características de la sobresaliente producción historiográfica de Franco es que se interesó de manera preferente por el estudio de figuras y acontecimientos un tanto relegados por los historiadores tradicionales, poniendo su atención especial en personalidades negras o en el estudio de la cultura afrocubana, como puede apreciarse por los siguientes títulos de su autoría: *Los rebeldes negros* (1931); *Juan Francisco Manzano, el poeta esclavo y su tiempo* (1937); *Pushkin, el gran poeta mulato* (1938); *La verdad histórica sobre la descendencia de Maceo* (1951); *Antonio Maceo. Apuntes para una historia de su vida* (1951); *Antonio Maceo en Honduras* (1956); *Ruta de Antonio Maceo en el Caribe* (1961); *Afroamérica* (1961); *La vida heroica de Antonio Maceo* (1963); *La conspiración de Aponte* (1963); *Placido* (1964); *Presencia africana en el Nuevo Mundo* (1968); *Folklore afrocubano* (1971) *Comercio clandestino de esclavos negros en el siglo XIX* (1971) y *Los palenques de los negros cimarrones* (1973).

Además, como resultado de sus rigurosas investigaciones históricas, dio a conocer obras dedicadas a temas diferentes a los anteriores, entre ellas *Las democracias municipales en los Países Bajos y España* (1945); *Las ciudades y sus problemas* (1946); *Política continental americana de España en Cuba, 1812-1830* (1947), que había obtenido el año anterior el Premio de la Ciudad de La Habana; *El gobierno colonial de Cuba y la independencia de Venezuela* (1960); *Armonía y contradicciones cubano-mexicanas (1554-1830)* (1975); *Las conspiraciones de 1810 y 1812* (1977) y *Apuntes para una historia de la legislación y administración colonial en Cuba (1511-1800)* (1985). Aquí pueden ubicarse también los tres gruesos tomos, editados entre 1954 y 1961, donde aparecieron los documentos recopilados por él en el Archivo Nacional de Cuba para la historia de Haití, México y Venezuela. Fue precisamente para presentar la edición de los documentos sobre Haití existentes en el Archivo Nacional -publicados originalmente en 1954 en homenaje al sesquicentenario de la independencia haitiana- que José Luciano elaboró la primera versión de su reconocida *Historia de la Revolución Haitiana* que

finalmente apareció como libro independiente (1966). Con este volumen se completó el tomo tercero de “La batalla por el dominio del Caribe y el Golfo de México” que fuera editado como trilogía por la Academia de Ciencias de Cuba.

Desde su fundación en 1962 José Luciano Franco integró el claustro de la Escuela de Historia de la Universidad de La Habana, aunque poco tiempo después pasó a ser profesor a tiempo completo del Instituto Superior Pedagógico Enrique José Varona. Siguió activo hasta los últimos días de su larga vida, etapa en la que le fue reconocido el grado de doctor por la Comisión Nacional de Grados Científicos y fue designado por la UNESCO en el Comité Internacional para la redacción de una Historia General de África.

Sosa y sus estudios historiográficos y antropológicos

El historiador cubano Enrique Sosa Rodríguez (1930-2002) dedicó los últimos años de su vida al magisterio en Yucatán, ofreciendo cursos y formando doctores en Historia, así como a la investigación de los nexos entre la Mayor de las Antillas y la península yucateca. De sus indagaciones históricas y antropológicas nos quedan sus valiosos textos *Habanero campechano*, en colaboración con Carlos Bojórquez, *Proyectos de invasión a Yucatán desde Cuba (1828-1829)*, ambos publicados por la Universidad Autónoma de Yucatán en 1996, y *Vínculos históricos entre Yucatán y Cuba* (inédito).

Licenciado en Historia y doctor en Ciencias Históricas por la Universidad de La Habana, Sosa llegó a ser distinguido como Profesor Emérito de su Alma Mater y también de la Universidad Autónoma de Santo Domingo. También fue Profesor Extraordinario de la Universidad Autónoma de Yucatán, donde además era miembro de la directiva de la Cátedra Nuestra América. En Cuba presidió hasta su fallecimiento

la sección de Historia de la Asociación de Escritores en la Unión de Escritores y Artistas (UNEAC) y el Tribunal Nacional de Doctorados en Historia. También perteneció a la Sociedad Económica de Amigos del País y a la Asociación de Historiadores Latinoamericanos y del Caribe (ADHILAC), de la que era miembro de Honor.

Compartí con Sosa por primera vez en 1969, cuando estaba en primer año de la carrera de Historia y fui un fin de semana al trabajo social en un ingenio azucarero de las afueras de La Habana. Me impresiono la sencillez del profesor que nos guiaba, experto en investigaciones de campo en comunidades rurales, quien aprovechaba los escasos ratos libres para recluirse en la lectura de las *Vidas Paralelas* de Plutarco. Luego fue mi maestro de Historia Social del Arte y la Literatura y, más tarde, nos hicimos muy amigos, cuando entre 1974 y 1976 el dirigía el Departamento de Historia General y yo el recién fundado de Historia de América, que ocupaban el mismo salón sólo separados por un alto librero.

Al implantarse en 1976 una nueva estructura en la educación superior cubana, y la Escuela de Historia fue atomizada en la Facultad de Filosofía e Historia, Sosa quedó sin su jefatura académica, al parecer por los criterios sectarios imperantes durante el “quinquenio gris” como le llamara Ambrosio Fonet. De poco valió su temprana incorporación a las tareas de la Revolución, que lo habían compulsado a dejar su familia acomodada para marchar al oriente de la isla a impulsar la reforma agraria, así como tampoco su consagración a la docencia en el Instituto Pedagógico “Makarenko”, en la Escuela de Orientación Revolucionaria “Conrado Benitez” y, desde 1965, en la Universidad de La Habana.

La salida del cargo universitario estimuló la ya impresionante actividad intelectual de Sosa, de lo que fue muestra la obtención en 1982 del Premio de Ensayo Casa de las Américas con *Los Ñañigos*, ceremonia de premiación a la que lo acompañe con mi esposa a solicitud suya. Como dramaturgo ya había conseguido en 1968 otro Premio

Casa con *La insurrección de los negros*, a los que debe sumarse el 26 de Julio de las Fuerzas Armadas Revolucionarias con *USA contra USA* (1971) y el de la UNEAC con *El enjuague* (1973). Publicó más de dos decenas de libros, entre ellos, *La economía en la novela del siglo XIX* (1978) –basado en su tesis doctoral y que fuera mención en el concurso UNEAC de 1975–, *El Cereball* (1984); *La conquista del oeste mexicano hasta California por destino manifiesto* (1990) y los varios tomos de *Historia de la Educación en Cuba*, en colaboración con Alejandrina Penabad, publicado desde 1997. Su destacado papel como panelista del conocido programa de televisión *Escriba y Lea*, hicieron del doctor Enrique Sosa un hombre muy popular en Cuba, como pude comprobar en el Aeropuerto de La Habana en un viaje que hicimos juntos a su querida Mérida en el 2000 o cuando caminábamos por las calles de la capital cubana y las personas se detenían a saludarlo, hacerle alguna pregunta o sencillamente para darle su bendición.

Agustín Cueva y el llamado descubrimiento de América

El periodista mexicano Mario Menéndez fue quien me presentó, a principios de 1978, al prestigioso sociólogo ecuatoriano Agustín Cueva (1937-1992), quien junto con Roger Bartra se encontraba en La Habana como jurado del prestigioso Premio Casa de las Américas. Su nombre ya era ampliamente conocido por sus penetrantes artículos aparecidos en diferentes revistas y, muy en especial, por aquellos textos que publicó en la revista mexicana *Historia y Sociedad* en los cuales desnudó, en aguda crítica, la a entonces de moda teoría de la independencia. También ya había editado en 1974 ese sugerente ensayo de interpretación: *El proceso de dominación político en El Ecuador*, publicado en Cuba por la propia Casa de las Américas cinco años después.

Desde aquel primer contacto personal con Agustín Cueva entablamos una cálida amistad y fructíferos diálogos que habríamos de continuar en posteriores encuentros en México, donde residía, y La Habana. En una oportunidad me dedicó un libro significativo acabado de salir de la imprenta: *El desarrollo del capitalismo en América Latina*, merecedor del premio de la reconocida Editorial Siglo XXI, y que causó un tremendo impacto en el Continente. Esta obra, marcó toda una nueva etapa en la sociología e historiografía latinoamericana, como lúcido y documentado ensayo marxista en polémica con el *dependentismo* entonces en boga. Luego vendrían otros artículos y ensayos suyos, muchos de ellos recogidos en otros tantos valiosos libros, contentivos de los ininterrumpidos aportes de Agustín Cueva a las Ciencias Sociales.

La última vez que nos vimos fue en mayo de 1991, cuando estuvo en Cuba para participar en el XVIII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS). A pesar de que ya eran visibles las huellas del terrible mal que lo aquejaba, su entereza despertó la admiración de todos. Aquí hizo gala, una vez más, de una increíble capacidad analítica y fino sentido del humor con su chispeante ponencia -en privado me confesó el esfuerzo titánico que le había representado redactarla en medio del duro tratamiento médico al cual estaba sometido- titulada: *Falacias y coartadas del quinto centenario*.

En ese texto, que mantiene toda su lozanía y vigencia, Agustín Cueva desenmascara las argucias puestas a circular entonces por determinados escritores deseosos de festejar por todo lo alto el llamado descubrimiento de América. He aquí algunos de sus argumentos: “En cada intelectual *iberoamericano* (y aquí sí que el gentilicio viene como anillo al dedo) hay sin duda un leguleyo en potencia, capaz de los mayores prodigios y acrobacias semánticas. ¿Cómo hubiera sido posible, si no, acuñar una expresión tan tierna como *encuentro de dos mundos*, por ejemplo, en la que uno no sabe que admirar más, si la carencia de todo escrúpulo histórico-moral o el nivel casi artístico al que el cinismo puede llegar?”.

Y más adelante, en otra parte de su singular ponencia, que provocó en más de una ocasión la risa espontánea y unánime del auditorio, Agustín Cueva remató:” En fin, hay que esclarecer que no somos los latinoamericanos quienes hemos tomado la iniciativa de remover *viejas* heridas. Fue la España oficial la que impulsó las conmemoraciones del V Centenario, y que las sigue promoviendo –para no decir imponiendo- convencida de que es *el momento idóneo para que la comunidad iberoamericana tome conciencia de sí misma*. Muy *idóneo* en realidad, como si, para reforzar la comunidad europea, Kohl invitara a Mitterrand a *conmemorar* la entrada de las tropas nazis en París y el consiguiente *encuentro de dos mundos y dos culturas*; o como si Mitterrand convidara al gobierno español a *conmemorar* la ocupación de la Península por las tropas de Napoleón”.

Federico Brito: fundador de la historiografía marxista venezolana

Vi por última vez al destacado historiador venezolano Federico Brito Figueroa (1921-2000) en su apartamento, situado en un alto edificio de Caracas, muy poco antes de su muerte, en abril de 1999. Pasé a saludarle acompañado por Carlos Oliva, entonces al frente de la inexplicablemente desaparecida Asociación por la Unidad de Nuestra América (AUNA), y guiado por mi entrañable amigo Arístides Medina Rubio, quien dirigía el Instituto de Estudios Hispanoamericanos de la Universidad Central de Venezuela. Brito acababa de ser nombrado por el presidente Hugo Chávez rector de la Universidad José María Vargas y fuimos a felicitarlo. Recuerdo que hicimos un aparte, pues deseaba mandarle un mensaje privado al entonces embajador cubano Germán Sánchez, que trasmití en persona al día siguiente.

Hacía algo más de veinte años que conocía a Federico Brito, desde que viajó a La Habana como jurado del Premio Casa de Las Américas –que había obtenido en 1967 con su clásico *Venezuela siglo XX*- y desde entonces nos encontrábamos ocasionalmente en La Habana o Caracas. Recuerdo como en 1983, me invitó, junto con Manuel Galich, a dar

una conferencia en la Universidad Santa María de Caracas, donde ocupaba la dirección de posgrado.

Había nacido el 2 de noviembre de 1921 y con apenas 17 años de edad, se incorporó al Partido Comunista de Venezuela y fue organizador del movimiento campesino en su estado natal de Aragua, hasta que pasó entre 1945 y 1949 a estudiar en el Instituto Pedagógico Nacional, donde se graduó de profesor de historia y geografía. De 1950 a 1952 estuvo confinado al Estado Yaracuy por sus actividades políticas. En San Felipe ejerció la docencia y realizó una investigación que más tarde publicaría con el título de *Visión geográfica, económica y humana del Estado Yaracuy* (1951). Esta obra, junto a sus textos *La liberación de los esclavos en Venezuela* (1949); *Miranda, pasión de la libertad americana* (1950); *Ezequiel Zamora: Un capítulo de la historia nacional* (1951); *Humboldt y la estructura social de Nueva España* (México, 1956); *Panamá 1826-1956: Bolívar contra el colonialismo y el imperialismo* (México, 1956) y *El marxismo y la antropología* (México, 1957), lo inscriben entre los pioneros de la historiografía marxista en Venezuela y América Latina.

México significó mucho en su formación intelectual. Aquí se graduó en la Escuela Nacional de Antropología e Historia de etnólogo y maestro en Ciencias Antropológicas con la tesis *Desarrollo económico y proceso demográfico en Venezuela* (1958), que luego ampliaría en su conocida *Historia económica y social de Venezuela* (1966), obra concebida en cuatro enjundiosos volúmenes. En la propia tierra mexicana entro en contacto directo con representantes de la escuela de los *Annales*, como el francés François Chevalier, y desde entonces se interesó por nuevos temas de la historia económica y social.

En la Universidad Central de Venezuela, tras la caída de la dictadura de Pérez Jiménez, obtuvo los títulos de Licenciado en Historia (1960) y en Antropología (1961), rama en la que obtendría casi enseguida su doctorado (1962). En esta segunda etapa de su labor académica impulsó los estudios sobre la formación de la propiedad territorial venezolana

y dio a conocer *La estructura económica de Venezuela colonial* y nuevos tomos de su ya clásica *Historia económica y social de Venezuela*. A lo largo de su fructífera existencia fue autor de unos setenta libros y folletos, que constituyen una significativa contribución a la comprensión de la historia venezolana en el contexto latinoamericano y mundial. Junto con Miguel Acosta Saignes, Brito es considerado uno de los fundadores de la historiografía marxista venezolana.

Ricaurte Soler, pensador de Nuestra América

Conocí a Ricaurte Soler (1932-1994) en ocasión de su visita a Cuba, a mediados de los setenta, como jurado del Premio Casa de las Américas. Interesado en dialogar con colegas cubanos, lo recibí junto con otros profesores en la entonces Facultad de Humanidades de la Universidad de La Habana. Me impresionó descubrir en aquel hombre impecablemente vestido, con cierto aire de los cincuenta, una extraordinaria modestia, poco usual en una personalidad de su talla, pues con algo más de cuarenta años ya era considerado uno de los intelectuales más lúcidos de Nuestra América.

Egresado de la Universidad de Panamá, doctorado en filosofía en París, con estudios de Historia en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), Ricaurte ya había publicado entonces sus sólidos ensayos: *Pensamiento panameño y concepción de la nacionalidad durante el siglo XIX* (1954); *El positivismo argentino* (1959); *Estudio sobre historia de las ideas en América* (1961) y *Formas ideológicas de la nación panameña* (1963). Gracias a este primer encuentro con Soler comencé a recibir *Tareas*, una de las revistas de pensamiento latinoamericano con más tradición del continente -su número inaugural había aparecido en octubre de 1960- y que él sostendría, contra viento y marea, hasta su último aliento.

Con frecuencia me lo encontraba en congresos y reuniones internacionales de historiadores o en su propia tierra natal, cuando a solicitud suya ofrecí un curso de postgrado en su Alma Mater y en el cual, como muestra de sincero compañerismo, asistió a todas las conferencias. Quizás fue en esa temporada de fines de 1986 que lo conocí mejor, descubriendo facetas de su personalidad ocultas por una elegante timidez y su proverbial introversión, permitiéndome aquilatar toda su extraordinaria condición humana y entender el reconocimiento universal que gozaba entre alumnos y coterráneos.

De su propia voz supe de su compromiso con las luchas antimperialistas y por la unidad de nuestros pueblos, sentimientos nacidos al calor del profundo impacto de la Revolución Cubana, a la que siempre acompañó, y de la reivindicación panameña del Canal, que lo contó entre sus más firmes defensores desde los trágicos sucesos de principios de los sesenta, que Ricaurte sufrió en carne propia. Su decidido respaldo a las mejores causas de Nuestra América no sólo puede advertirse en sus múltiples textos de incisiva perspicacia política y en la orientación antimperialista y latinoamericana que imprimió a *Tareas*, sino también en hechos concretos poco conocidos, entre ellos su temprana vinculación con la insurrección antisomocista a la que serviría de nexo para la contribución del general Omar Torrijos a la Revolución Sandinista.

Esa postura vertical, junto a la permanente indagación de las raíces de lo nacional latinoamericano que lo obsesionó, aparece nítidamente reflejada en sus valiosos trabajos sobre Justo Arosemena y otros próceres latinoamericanos (Mariano Otero, Manuel Ugarte), así como en todos sus libros, entre ellos: *Clase y Nación en Hispanoamérica* (1976); *La nación hispanoamericana, estudio histórico-crítico sobre la idea nacional hispanoamericana* (1978); *Idea y cuestión nacional latinoamericana. De la independencia a la emergencia del imperialismo* (1980); *Clase y Nación. Problemática latinoamericana* (1981); *Cuatro ensayos de historia sobre Panamá y Nuestra América* (1987); *El pensamiento político en Panamá en los siglos XIX y XX* (1988); *Panamá, historia de una crisis* (1989) y, *La invasión de Estados Unidos a*

Panamá. Neocolonialismo en la postguerra fría (1991), cuyo subtítulo, por cierto, brotó durante una larga tertulia nocturna con Oscar Zanetti en Sao Paulo en 1990. En el congreso de la Asociación de Historiadores Latinoamericanos y del Caribe (ADHILAC) en Querétaro (México), en junio de 1994, donde compartimos por última vez, resultó reelegido vicepresidente de la organización de la que era fundador, la misma que hoy sigue sosteniendo sus ideales y aspiraciones de redención latinoamericana, que son su mejor legado.

Francisco Pérez Guzmán: el modesto historiador cubano

Hace muy pocos años atrás, en una defensa de doctorado en la Universidad de La Habana del profesor panameño Luis Acosta, el coronel retirado Manuel Rojas me habló de Panchito, como sus amigos llamábamos a Francisco Pérez Guzmán (1941-2006), con quien en 1961 había estudiado en la Escuela de Aviación de Sen Yang, en Manchuria, China. A Rojas lo identifiqué enseguida como el heroico piloto cubano derribado en tierras angolanas a fines de los ochenta, quien permaneció durante diez meses prisionero de la llamada Unión Nacional por la Independencia Total de Angola (UNITA), pues recordaba una entrevista por televisión a su hermano Pedrito Calvo – el conocido cantante de los *Van Van*- que lo mencionaba.

En un libro que me obsequió, titulado *Las alas crecieron en China* (2016), Rojas menciona a Pérez Guzmán entre los más de doscientos jóvenes cubanos que junto con él estudiaron aviación en la gran nación asiática. Entre ellos también iba un hombre algo mayor, Francisco Repilado Muñoz, cuyo nombre artístico era Compay Segundo, lo que me hizo recordar las jocosas anécdotas que contaba Panchito del famoso músico, quien en China se comportó como un severo Comisario Político.

Pero Francisco Pérez Guzmán no hizo carrera en la aviación, pues con el correr del tiempo devino destacado historiador, especializado en la historia militar de las guerras de independencia de Cuba. Procedía de una humilde familia campesina de Güira de Melena, al sur de la ciudad de La Habana, y con mucho esfuerzo y sacrificio personal fue superándose, ayudado inicialmente en la Biblioteca Nacional por los historiadores Zoila Lapique, Luis Felipe Le Roy y Jorge Ibarra Cuesta. Con posterioridad matriculó la carrera de Historia en los cursos nocturnos para trabajadores.

Allí lo descubrí, en la segunda mitad de los años setenta, vestido con su uniforme de oficial de las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR) en un aula repleta de estudiantes y donde tenía, entre otros condiscípulos, a Eusebio Leal, quien ya entonces dirigía el Museo de la Ciudad de La Habana. A Panchito le precedía su modestia proverbial, la calidad humana y el prestigio profesional. Ya había obtenido Premio en el Concurso 26 de Julio de las FAR (1972) con su libro *La Guerra en La Habana*. Muy pronto nos hicimos muy amigos y colaboradores en diversos proyectos. Juntos fundamos, a mediados de los ochenta, bajo la batuta de Francisco Pividal, la Sección Cubana de la Asociación de Historiadores Latinoamericanos y del Caribe (ADHILAC), de la que fue su primer presidente.

Después de graduado, Pérez Guzmán trabajó como investigador en la Academia de Ciencias y el Instituto de Historia de Cuba, etapa en que defendió su doctorado, presidió los tribunales estatales de la carrera de Historia y publicó sus enjundiosos libros *La Batalla de las Guásimas* (1975); *La Guerra Chiquita* (1982); *La guerra de liberación* (1986); *Bolívar y la independencia de Cuba* (1987); *La aventura cubana de Cristóbal Colón* (1992); *La Habana, clave de un imperio* (1997); *Herida profunda* (1998) y *Radiografía del Ejército Libertador* (2005). Por esa sobresaliente labor intelectual recibió muchos reconocimientos, como el Premio Nacional de Ciencias Sociales y Humanísticas (2005).

En abril del 2006 siguiente me despedí de Panchito en su casa de Güira de Melena, donde lo visité junto con Oscar Zanetti, pues sabíamos de su grave enfermedad. Recuerdo nítidamente lo que conversamos esa triste mañana, sus quejas sobre cierto personaje, nefasto para el gremio, y el esfuerzo que hizo para despedirnos de pie en el umbral de la puerta. No nos volveríamos a ver, pues unos días después viaje a México. Al año siguiente en la Academia Dominicana de la Historia tuve la agradable sorpresa de ver su foto enmarcada en la galería de los grandes historiadores dominicanos fallecidos pues, por sus indiscutibles méritos, Francisco Pérez Guzmán era Miembro Correspondiente de esa institución hermana.

Encuentro con Juan Bosch

Sólo pude conversar con esta destacada personalidad de Nuestra América una vez, en los primeros días de agosto de 1980. Al regresar a La Habana, después de una semana de vacaciones con mi familia en Varadero, recibí el mensaje de Roberto Fernández Retamar para que lo llamara. Comuniqué con Retamar y me dijo que el ex presidente de la República Dominicana estaba en Cuba y quería conversar conmigo sobre su obra *De Cristóbal Colón a Fidel Castro. El Caribe frontera imperial*.

Entonces recordé que hacía varios meses, a petición del novelista Antonio Benítez Rojo, en ese entonces director de la editorial Casa de las Américas, había hecho una valoración de ese libro para su posible edición cubana. Lamentablemente no guarde copia de aquella crítica. Me parece que en ella sugería algunos cambios en ciertos pasajes, en los que discrepaba de algunos de sus interpretaciones históricas, y sugería la modificación de algunas frases que consideraba infelices, en particular una que parangonaba a Fidel Castro con Mao Zedong. Casa de las Américas tenía mucho interés en publicar esa obra, por lo que Retamar me pidió que discutiera mis observaciones

con el propio autor y viera que cambios se harían al texto. ¡Que clase de tarea!, pensé, pedirle al ex presidente dominicano, un consagrado y prestigioso escritor, a quien no conocía personalmente, que enmendara un libro ya impreso -su primera edición se había hecho en Barcelona (1970)- a petición de un desconocido historiador cubano que apenas comenzaba su carrera académica.

Al día siguiente, en horas de la mañana de aquel caluroso verano, tras previa cita telefónica con el exmandatario dominicano, me trasladé con mi amigo Luis Clergé al reparto habanero donde se hospedaba, en una de las elegantes casas de protocolo del Consejo de Estado de la República de Cuba. Bosch se nos presentó vestido con una guayabera blanca de mangas largas. Lo había visto muchas veces en fotos y reportajes: un hombre flaco y alto, de abundante cabellera blanca, muy lúcido, ágil y erguido, con poco más de setenta años. Nos sentamos frente a frente en una mesa de hierro y cristal situada en el portal y tomamos un café.

Me impresionó la facilidad con que condujo la conversación, que se extendería unas dos o tres horas. Desde el principio me llamó por mi nombre, y así lo hizo todo el tiempo, creando un clima agradable, como entre amigos de toda la vida. Le pregunté por sus vínculos con Cuba, mucho más antiguos y profundos de los que yo suponía y, sobre todo, de su amistad con Fidel Castro. Me contó que lo había conocido a fines de los cuarenta cuando se enroló en la expedición de Cayo Confites, que se entrenaba en ese islote del archipiélago cubano para derrocar al dictador Trujillo, planes que se malograrían en 1947 por las vacilaciones del gobierno de Ramón Grau San Martín. Después me habló de su vida en Cuba, donde había pasado buena parte de su largo exilio -más de veinte años-, formado una familia y escrito varios de sus libros, entre ellos: *Cuba la isla fascinante* (1955).

Tras conversar sobre sobre variados temas, debí entrar al motivo del encuentro. Comencé con mucho tacto, haciéndole mis comentarios sobre la significación de su

libro para la historiografía latinoamericana, el interés que teníamos de su publicación en Cuba, dejando para el final los aspectos que consideraba más escabrosos, aquellos en los que difería de su enfoque, mientras el ex presidente, con una humildad verdaderamente sorprendente, escuchaba con atención mis apreciaciones, las que a veces rebatía con una larga explicación. Al final aceptó alguna de mis sugerencias y yo me replegué en casi todas las demás. Sólo me quedaba el espinoso asunto de la comparación del líder cubano con el dirigente chino, lo que Bosch resolvió sin chistar, tachando con mi propia pluma aquella alusión de su texto. Luego nos despedimos con un cordial abrazo. Al año siguiente Casa de las Américas publicó el libro en su colección Nuestros Países. Después de aquella ocasión sólo volvería a ver a Bosch en algunas actividades públicas en Cuba, pero nunca más se me presentó la oportunidad de conversar con este eminente y singular dominicano.

Nuestra América de Núñez Jiménez

Algo parecido a lo que me sucedió con Juan Bosch, que la valoración de una obra de su autoría me permitió conocerlo en persona, me ocurrió con Antonio Núñez Jiménez (1923-1998), destacado científico y político cubano. A principios de 1990, el Ministerio de Educación de Cuba me pidió mi opinión sobre un libro inédito suyo, titulado *Nuestra América*, para usarlo de texto escolar. Aunque me pareció una obra muy útil, por su original combinación del análisis histórico y el geográfico, le hacía algunas observaciones puntuales.

A los pocos días, Núñez Jiménez me llamó y me invitó a su casa. Allí me recibió su hija Liliana, a la que había dirigido su tesis de Licenciatura sobre el gobierno del general Juan Velasco Alvarado en Perú, donde su padre había sido embajador (1972-

1978). La comunicación con Núñez Jiménez fluyó expedita, mientras me mostraba la edificación levantada al fondo de su casa, donde funciona desde 1994 la Fundación de la Naturaleza y el Hombre que él creara. Rodeado de libros, grabaciones en *cassettes* de sus conversaciones con Fidel Castro y de un cuadro que Guayasamín le había pintado, hablamos largo rato sobre diversos temas, incluyendo la obra que había valorado. Allí me comprometí a colaborar en la revisión de cada capítulo, que me fue enviando con su chofer, que luego comentábamos por teléfono. En la primera edición de *Nuestra América* (1992) me agradece, junto a los historiadores Julio Le Riverend y Manuel Moreno Fragnals, y al poeta Roberto Fernández Retamar, “por la revisión total de los manuscritos de este libro y sus atinadas observaciones que lo enriquecieron”.

Núñez Jiménez realizó numerosos aportes al conocimiento de la geografía y la arqueología del archipiélago cubano. Graduado en la Universidad de La Habana en Filosofía y Letras, comenzó sus exploraciones en 1939 y al año siguiente fundó la Sociedad Espeleológica de Cuba. Encabezó la Expedición Geográfica al oriente que por primera vez llegó a la cima del Pico Suecia en la Sierra Maestra, explorando el caudaloso río Toa y haciendo novedosos trabajos arqueológicos (1945). Una década después descubrió la Gran Caverna de Santo Tomás, en la Sierra de Los Órganos en Pinar del Río, la mayor del país.

Fue profesor de la cátedra de Geografía e Historia en el Instituto de Segunda Enseñanza de El Vedado, en La Habana, y su *Geografía de Cuba*, publicada en 1954, estuvo censurada por la dictadura de Batista. En la recién fundada Universidad Central de Las Villas obtuvo la Cátedra de Geografía Regional y Geomorfología y mucho después fue considerado Profesor Emérito (1982). Incorporado a fines de 1958 a la columna del Ejército Rebelde comandada por Che Guevara, sus conocimientos de la zona facilitaron la rendición de la ciudad de Santa Clara y le valieron el ascenso a capitán.

Al triunfo de la Revolución fue director ejecutivo del Instituto Nacional de Reforma Agraria y en 1962 Núñez Jiménez fue designado al frente de la Academia de Ciencias de Cuba, cuyas funciones se ampliaban con numerosos institutos de investigación y centros científicos. También se desempeñó como director de la Escuela de Artillería de las Fuerzas Armadas Revolucionarias (1960-1962), viceministro de Cultura (1978-1989) y diputado a la Asamblea Nacional del Poder Popular (1976-1993).

Publicó innumerables artículos, folletos y libros, entre estos *La Liberación de las Islas* (1959), *Cuba con la mochila al Hombro* (1963); *Cuba: Dibujos Rupestres* (1975); *Cuba la Naturaleza y el Hombre: El Archipiélago* (1982, inicio de esta colección); *En Marcha con Fidel 1959* (1982) –seguido de otros tomos sobre los primeros años de la Revolución-; *Cristóbal Colón en Cuba* (1994); *El Che en Combate* (1998); *Cuba Subterránea* (2018) y *Wifredo Lam* (2018). Realizó investigaciones arqueológicas en Perú, Guatemala y la península de Yucatán, sitio donde exploró en 1991 las cuevas del Venado (Actun ceh en maya) con el coauspicio de Carlos Bojórquez. Además, participó en expediciones científicas a diversas partes del planeta, incluido el Polo Norte, la Antártida, las Islas Galápagos y la Isla de Pascua, las que cerró con broche de oro con la expedición denominada En canoa del Amazonas al Caribe, que, bajo su dirección, recorrió veinte países

Gérard Pierre-Charles: intelectual revolucionario de Haití

La mayor parte de la producción intelectual del conocido sociólogo y economista haitiano Gérard Pierre Charles (1935-2004) estuvo dedicada al estudio del Caribe y de su atribulada patria, donde desde muy joven –pese a las limitaciones impuestas por la poliomielitis que lo atacó de niño- se involucró en la lucha sindical contra la dictadura

duvalierista. Bajo el impacto del triunfo de la Revolución Cubana se radicalizó e ingreso en el Partido de Entente Popular, de orientación marxista.

Perseguido por los cuerpos represivos duvalieristas, debió huir del país en 1960, radicándose en México junto a su esposa, la destacada historiadora Susy Castor. Aquí pudo completar su formación académica en la Escuela de Economía de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), que había iniciado en Ciencias Sociales y Administración en la Universidad de Haití. Durante su largo exilio mexicano, contribuyó a vertebrar una red internacional de exiliados antiduvalieristas, participando en campañas de solidaridad con la Revolución Cubana y contra la invasión de Estados Unidos a la República Dominicana. En 1968 contribuyó a la organización del Partido Unificado de los Comunistas Haitianos (PUCH), que defendía la línea de la lucha armada popular.

En México alcanzó gran prestigio como profesor en la propia UNAM. Impartió clases en las facultades de Filosofía y Letras, de Ciencias Políticas y Sociales y en la de Economía, así como en el Centro de Estudios Latinoamericanos (CELA). También laboró en el Instituto de Investigaciones Sociales y ofreció cursos en la Escuela Nacional de Antropología e Historia y en el Colegio de México. Durante esos años dio a conocer sus principales obras, entre ellas *La economía haitiana y su vía de desarrollo* (1965); *Radiografía de una dictadura: Haití bajo el régimen del doctor Duvalier* (1969); *Para una sociología de la opresión (el caso de Haití)*, editado en Santiago de Chile (1973) por la editorial Quimantú durante el gobierno de Salvador Allende (1973); *Problemas dominico-haitianos y del Caribe* (1973); *Política y sociología en Haití y la República Dominicana*, México (1974); “La crisis ininterrumpida (1930-1975)”, en *América Latina: historia de medio siglo*, compilado por Pablo González Casanova (1977); *El Caribe contemporáneo* (1981); *El pensamiento sociopolítico moderno en el Caribe* (1985); *Génesis de la Revolución Cubana*, (1985) y *Haití pese a todo la utopía*, (1997). Además, colaboró en numerosas revistas de México y otros países.

Lo conocí en México en 1980, donde ambos exponíamos en un evento sobre dictaduras y dictadores en América Latina. Impactado por su extraordinaria producción intelectual –obtuvo el Premio Casa de las Américas con *El Caribe a la hora de Cuba*- tuve la oportunidad de compartir con él más ampliamente en 1984, cuando visité su casa en la capital mexicana invitado por Susy Castor, su esposa. En aquella agradable velada nocturna también estaban el conocido historiador argentino Sergio Bagú y mis colegas cubanos Francisco Pérez Guzmán y Oscar Zanetti. Diez años después lo vi por última vez, en la inauguración del congreso de la Asociación de Historiadores Latinoamericanos y del Caribe en Querétaro (1994), organizado por Norma de los Ríos, donde sostuvimos una larga conversación en el brindis inaugural junto con Alfonso Vélez Pliego, el inolvidable ex rector de la Universidad de Puebla, y mi entrañable amigo Feliciano García, ambos ya fallecidos.

Tras la caída del régimen duvalierista, Gerard Pierre Charles y su esposa regresaron a su tierra natal, con el propósito de contribuir a la democratización haitiana. Para obligarlos a abandonar el país fueron hostilizados de muchas maneras, como con el incendio y destrucción de su domicilio particular y del Centro de Investigación y Formación Económica y Social para el Desarrollo (CRESFED). Con su salud muy quebrantada, Gerard debió trasladarse a Cuba, donde murió en un hospital de La Habana el 10 de octubre de 2004. Por sus valiosos aportes a México, un año antes había recibido la Orden del Águila Azteca, la máxima condecoración que otorga el gobierno mexicano a las personalidades extranjeras.

Bagú y la historia latinoamericana comparada

Apenas traté personalmente a Sergio Bagú, uno de los más destacados intelectuales latinoamericanos del siglo XX. Creo que solo compartimos, como acabo de mencionar, esa vez en 1984 en casa de Gerard Pierre Charles y Susy Castor en la ciudad de México.

Diez años después pude disfrutar de su conferencia magistral en el concurrido encuentro internacional de la Asociación de Historiadores Latinoamericanos y del Caribe (ADHILAC) en Querétaro. Desde que era estudiante dos libros suyos, que leí con avidez en la Biblioteca Central de la Universidad de La Habana, me impactaron: *Economía de la sociedad colonial* (1949) y *Estructura social de la colonia* (1952), ambos subtitulados: *Ensayo de historia comparada en América Latina*.

En ambas obras, Bagú defiende el carácter capitalista del periodo colonial hispanoamericano frente a la visión tradicional que hablaba de un régimen feudal dominante. En sus análisis, que constituyeron el punto más alto alcanzado por la historiografía marxista hasta entonces, diferencia el modelo histórico del modo de producción capitalista del capitalismo como sistema económico mundial, convirtiéndose en precursor de la teoría de la dependencia y del subdesarrollo como condición del desarrollo del llamado primer mundo, ideas que serían retomadas en los sesenta por la sociología *dependentista* latinoamericana.

Sergio José Bagú Bejarano (1911-2002), nació en la capital argentina, donde estudió en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, siendo elegido dos veces (1930 y 1931) presidente de la Federación Universitaria Argentina (FUA). En 1943 viajó a Estados Unidos al ganar un concurso interamericano de ensayo sobre la clase media, en donde dictó conferencias en instituciones académicas y laboró como periodista. Cuatro años después regresó a su patria, pero su rechazo al peronismo lo llevó a radicarse en Montevideo hasta que en 1949 obtuvo una plaza de traductor en las Naciones Unidas (ONU). Después de la caída de Perón (1955) volvió a Buenos Aires. Al año siguiente se convirtió en profesor en la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires y llegó a ser Director del Departamento de Humanidades.

Los primeros trabajos históricos de Sergio Bagú fueron del género biográfico al dar a conocer en 1937 *Vida ejemplar de José Ingenieros. Juventud y plenitud* y, dos años después, *Mariano Moreno. Pasión y vida del hombre de Mayo*. Otros textos suyos de esa etapa son: *La batalla por la presidencia de Estados Unidos* (1948); "Transformaciones sociales en la América Hispana", ensayo publicado en la revista mexicana *Cuadernos Americanos* (1951); *Acusación y defensa del intelectual* (1959); *Argentina en el mundo*; *La sociedad de masas en su historia*; *La realidad argentina en el siglo XX* y *Evolución histórica de la estratificación social en la Argentina*, todos de 1961. En 1966 publicó *El plan económico del grupo rivadaviano (1811-1827)*, enjundiosa obra basada en fuentes de archivo. Fue también fundador y director de la *Revista de Historia*, publicada en Buenos Aires entre 1957 y 1958.

En 1967 tuvo que abandonar la Argentina debido a la escalada represiva militar tras el golpe que derrocó al gobierno de Arturo Illia. En el exilio fue docente en universidades de Venezuela, Perú y Chile, país en el que colaboró con la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) durante la Unidad Popular. Tras el violento derrocamiento de Allende estableció su residencia en tierra mexicana –en el ínterin hizo una breve estancia en Buenos Aires (1974)- donde fue profesor en el Centro de Estudios Latinoamericanos de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Aquí fue uno de los fundadores de la de la Casa Argentina de Solidaridad, que se distinguió por auxiliar a los perseguidos por el nuevo régimen militar argentino y denunciar las violaciones a los derechos humanos que se cometían en su país.

En este periodo publicó *Tiempo, realidad social y conocimiento*; *Marx Engels, 10 conceptos fundamentales en proyección histórica* (1975); *Argentina: 1875-1975: población, economía, sociedad, estudio temático y bibliográfico* (1978); *La idea de Dios en la sociedad de los hombres* (1989) y *Catástrofe política y teoría social* (1997). Casi nonagenario, todavía dictaba conferencias en El Colegio de México y la UNAM, cuya Facultad de Ciencias Económicas lo distinguió en 2001, un año antes de su

muerte, con el doctorado honoris causa

De la Osa, aprismo y Revolución Cubana

Mi amistad con Enrique de la Osa surgió de un accidente de auto y una estafa. A fines de julio de 1985, después de dejar en el Hotel Colina al historiador peruano Ernesto Yepes del Castillo, choque con un taxi que no respetó la señal de pare. La persona que contraté para arreglar mi carro era un consumado estafador, lo que supe gracias a una oportuna llamada telefónica del conocido periodista cubano, a quien también acababa de timar. Me habían presentado a de la Osa dos años antes, en el homenaje que el Departamento de Historia de la Universidad de La Habana organizó al común amigo guatemalteco Manuel Galich por sus setenta años, aunque fue después de la estafa que comencé a visitarlo en su casa de El Vedado. En esos encuentros ocasionales me contó, desde una óptica diferente a la tediosa historia oficial, anécdotas del reciente pasado cubano.

Enrique de la Osa y Perdomo (1909-1996) fue un notable periodista, poeta, escritor y luchador revolucionario cubano. Muy joven inició su activismo político atraído por Julio Antonio Mella, con quien se involucró en la Liga Antimperialista de las Américas, creada en México en 1924. Con posterioridad, cuando el líder comunista fue encarcelado por el dictador Gerardo Machado, de la Osa fue secretario de prensa del Comité para su libertad. En agosto de 1927 organizó la sección cubana de la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA), creada por Víctor Raúl Haya de la Torre, a quien había escuchado a fines de 1923 durante su visita a La Habana para la inauguración de la Universidad Popular José Martí. La novel agrupación aprista tuvo como órgano la revista *Atuei*, clausurada en agosto de 1928 por un artículo

antidictatorial del propio de la Osa. Ya entonces se le consideraba iniciador de la corriente vanguardista en Cuba por sus poemas aparecidos en el *Diario de la Marina*.

Deportado en septiembre de 1928 viajó a Estados Unidos, donde perteneció a la Asociación de Nuevos Emigrados Revolucionarios Cubanos (ANERC). Luego pasó a México y escribió en *Cuba Libre*, publicación creada por Mella, y junto a su amigo Eduardo Chibás fundó la Unión Cívica de Exiliados Cubanos y dirigió el periódico *Libertad*. En 1930 retorno clandestino a su patria para luchar junto al Directorio Revolucionario Estudiantil. Detenido al año siguiente, estuvo preso hasta la caída de Machado en agosto de 1933. Durante el periodo convulso que siguió, de la Osa organizó el Partido Aprista cubano, estableció nexos con Antonio Guiteras, líder de Joven Cuba, y apoyó la huelga de marzo de 1935, que lo obligó de nuevo a abandonar el país. En el exilio, condujo la fusión de los apristas con el recién creado Partido Revolucionario Cubano (Auténtico), laborando en su vocero *Patria*. Tras la apertura de fines de los años treinta, de la Osa regresó a Cuba y colaboró en diferentes publicaciones, recibió el premio periodístico por el centenario del Archivo Nacional de Cuba (1940) y creó la emblemática sección “En Cuba” de *Bohemia* (1943), que dispararía la circulación de esta revista.

En contra del corrupto gobierno auténtico de Grau San Martín, de la Osa apoyó a Chibas en la fundación del Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxo) en 1947. Tras el golpe de estado de Batista (1952), estuvo en la opositora Acción Libertadora y luego se vinculó al Movimiento 26 de Julio, divulgando en la sección “En Cuba” muchas acciones revolucionarias. Después del triunfo de la Revolución, Enrique de la Osa dirigió la propia revista *Bohemia* entre 1960 y 1971, así como el periódico *Revolución* (1963-1965). En 1989 acompañó al presidente Fidel Castro a la toma de posesión de Carlos Andrés Pérez en Venezuela y en 1992 recibió el Premio Nacional de Periodismo José Martí al ser considerado uno de los grandes periodistas cubanos del siglo XX. Conservo los libros que me regaló, como su *Crónica del año 33* (1990) y el primer tomo de la recopilación de sus trabajos en *Bohemia, En Cuba. Primer Tiempo. 1943-*

1946 (1990), donde me estampó esta sencilla dedicatoria: “A Guerra, mi compañero, con afecto”.

El paraguayo Joel Atilio Casal y su ineludible *Koe-yú*

Fue a fines de julio de 1983 cuando lo conocí. Me encontraba en Caracas para participar en las sesiones del congreso sobre el Pensamiento Político Latinoamericano, con motivo de las actividades conmemorativas por el bicentenario de Simón Bolívar. La delegación cubana, encabezada por Flavio Bravo, entonces presidente de la Asamblea Nacional de la República de Cuba, estaba integrada por un nutrido grupo de intelectuales, entre ellos Francisco Pividal, Manuel Galich, Francisco Pérez Guzmán y Salvador Morales, entre otros. Tuve la suerte de compartir la habitación con el doctor Galich, quien era director del Departamento de Teatro de la Casa de las Américas y mi maestro y compañero de cátedra en el Departamento de Historia de la Universidad de La Habana.

Galich, además de laureado dramaturgo y exitoso escritor, como ya conté en este libro, había tenido una destacada participación en la Revolución Guatemalteca de 1944, desarrollando durante los gobiernos de Juan José Arévalo y Jacobo Arbenz una extraordinaria labor política y diplomática que, tras la grosera intervención norteamericana en 1954, lo llevaron a radicarse en Argentina y luego en Cuba. En aquellos días en Caracas, hace ya casi cuarenta años, pude comprobar lo conocido que era Galich entre los latinoamericanos y la admiración que despertaba su postura vertical y verbo encendido, ahora en defensa de la Revolución Cubana.

Por eso no me extrañó que una tarde tocara en la puerta de nuestra habitación del *Caracas Hilton* un joven periodista paraguayo exiliado en Venezuela, trigüeño y muy flaco, cargando una pesada grabadora de cinta, para solicitar una entrevista a Galich.

Se trataba de Joel Atilio Casal. Fue la primera vez que lo vi y que tuve en mis manos un ejemplar de *Ko-eyú*, la prestigiosa revista que con tanta devoción, como pocos recursos, editaba con su esfuerzo personal, el apoyo de toda su familia y el generoso concurso de leales amigos. Ese mismo día nació mi colaboración con *Ko-eyú* y, al mismo tiempo, fue el comienzo de una entrañable amistad con Joel que se hizo más firme con el paso del tiempo, forjada en la solidaridad humana, el compromiso con el movimiento revolucionario latinoamericano y la lealtad a la Revolución Cubana. Recuerdo que en esa oportunidad le entregué para la revista mi ponencia *La Revolución Cubana y la Revolución Sandinista en el proceso liberador de Nuestra América*, presentada en el propio congreso del Pensamiento Político Latinoamericano en que estábamos participando, y un artículo recién terminado titulado *Guatemala: raíces históricas de la insurrección popular*.

Ante la frecuencia de mis colaboraciones en la revista, supuestos guardianes de la pureza y la ortodoxia marxista-leninista no tardaron en hacerme llegar el sibilino mensaje de que *Ko-eyú* era una publicación “antisoviética”. La caída del socialismo europeo y la desaparición de la Unión Soviética pondrían definitivamente las cosas en su sitio: algunos de aquellos detractores y oportunistas se pasaron al otro bando; mientras *Ko-eyú* siguió consecuente con su línea revolucionaria radical que le caracterizó a lo largo de sus treinta años de existencia, al servicio permanente de las mejores causas del continente y al lado de la Revolución Cubana. Basta solo revisar el índice de esta publicación, que honra al periodismo y la intelectualidad latinoamericana, para percatarse de la irreductible postura de *Ko-eyú* y cuanto le debemos a esta revista y a Joel Atilio Casal (1941-2010), siempre firme en sus principios y convicciones hasta el último minuto de su apasionada existencia.

Lucho Vitale y el revisionismo historiográfico en Chile

Hace unos pocos años, compartiendo con algunos profesores en la Universidad de Los Lagos en Chile, me preguntaron si había conocido a Luis Vitale (1927-2010), destacado historiador y político nacido en Villa Maza, Argentina. La primera vez que me tropecé con su nombre fue leyendo la revista cubana *Pensamiento Crítico* donde se reproducía un polémico artículo suyo titulado “América Latina, ¿feudal o capitalista?” (1966), dedicado al tema de los modos de producción. Después revisé los tres primeros tomos de su novedoso libro *Interpretación Marxista de la Historia de Chile* –en total editó ocho volúmenes entre 1967 y 2000-, obra que utilicé cuando con Alberto Prieto y Omar Díaz de Arce elaborábamos un texto para Casa de las Américas sobre la historia de los países surandinos publicado en 1977.

Luis Vitale Cometa se inició en 1951 como profesor de Historia y Geografía en la Universidad Nacional de La Plata (Argentina). Radicado en Chile desde 1955, fue uno de los fundadores una década después del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR). Su producción intelectual y su actividad política estuvieron siempre marcadas por su impronta trotskista –que determinaron su alejamiento del MIR-, adquirida en su país natal en el Partido Obrero Revolucionario (1952-1954). Al igual que sus coterráneos Jorge Abelardo Ramos y Adolfo Gilly, también trotskistas, que hicieron una exitosa carrera profesional en Argentina y México respectivamente, Vitale impulsó en su patria de adopción una historiografía revisionista que viró al revés la historia oficial.

Desde 1967 fue profesor en varias universidades chilenas, hasta que, tras el derrocamiento de Salvador Allende, fue encarcelado en campos de concentración. Refugiado en Alemania desde 1974, perteneció a diversas secciones de la IV Internacional y fue docente en la Universidad Goethe de Frankfurt. A fines de esa

década se trasladó a Venezuela, donde dio clases en la Universidad Central de Venezuela (1978-1985), mientras militaba en el Topo Obrero. A esa etapa corresponden obras como *La formación social latinoamericana* (1979); *Historia del movimiento indígena de Chile* (1980); *Historia y sociología de la mujer latinoamericana* (1981) y *Estado y estructura de clases en la Venezuela contemporánea* (1983).

Nos hicimos muy amigos desde que nos encontramos en Caracas, a mediados de 1983. Al año siguiente lo recibí en la Universidad de La Habana, donde compartió con profesores y estudiantes. Poco después me envió los voluminosos tomos de su *Historia General de América Latina*, editados por la Universidad Central de Venezuela (1984). En su carta del 5 de septiembre de ese año me escribió: “He pensado en ti para el Post-facio de los tomos que estimes conveniente, ya sea de siglo XIX o XX. Por lo tanto, te hago un pedido formal para que hagas las críticas de esos tomos y complementes lo que digo sobre Cuba, y demás está decir sobre todo lo que tú quieras señalar más allá de Cuba. Porque como verás, esta es no solo una Historia General sino también Comparada, buscando las especificidades de cada país”.

Unos años después repitió su visita a Cuba (1987), donde fue atendido personalmente por el entonces director del Instituto de Historia de Cuba Jorge Enrique Mendoza. Sus vivencias y reflexiones de esta estancia de trabajo aparecen en su libro *De Martí a Chiapas, balance de un siglo*, editado en Chile en 1995, país al que había retornado dos años antes, tras ejercer la docencia en Colombia (1986) y Argentina (1987-1989).

Los últimos veinte años de su vida los pasó en Chile, donde continuó su intensa actividad política y profesional. Entre sus más de sesenta obras publicadas también destacan *Historia de la deuda externa latinoamericana y entretelones del endeudamiento argentino* (1986); *De Bolívar al Che. La larga marcha por la Unidad y la Identidad Latinoamericana*, así como *Contribución al Bicentenario de la Revolución por la Independencia de Venezuela* (ambas del 2002). Recibió muchos reconocimientos, como los premios Bicentenario del Libertador Simón Bolívar y el de la Sociedad de

Escritores de Chile (SECH), y fue Profesor Emérito de la Universidad de Groningen (Holanda). Lucho Vitale murió el 27 de julio de 2010 y sus cenizas fueron esparcidas en la antigua mina de carbón de Lota, como homenaje a su participación en las luchas del combativo movimiento obrero chileno.

Le Riverend, emblemático historiador cubano

Julio Le Riverend Brussone (1912-1998) fue sin duda uno de los más importantes historiadores cubanos de la segunda mitad del siglo XX. Aunque no fue mi profesor, pues dio clases esporádicamente en la Universidad de La Habana, ni tampoco fue mi maestro en el sentido estricto de este concepto, tuve siempre cordiales relaciones con él y su esposa Mercedes. Incluso en octubre de 1987, siendo director de la Biblioteca Nacional de Cuba, me pidió fuera en su lugar a Lima (Perú) al I Seminario Internacional de Historia Latinoamericana organizado por el Consejo de Integración Cultural Latinoamericana (CICLA).

Le Riverend, nació en La Coruña (España), donde su padre era cónsul de Cuba. Desde muy joven se involucró en las actividades contra la dictadura de Gerardo Machado como alumno del Instituto de La Habana, vinculándose al Ala Izquierda Estudiantil. Exiliado en París, entre 1932-1933, fue secretario general de la Unión Latinoamericana de Estudiantes. En 1935 regresó a Cuba, donde comenzó a militar en el Partido Comunista, doctorándose en Derecho Civil y en Ciencias Políticas, Sociales y Económicas en la Universidad de La Habana. En 1940 publicó su primer libro: *Síntesis activa de la cubanidad en el siglo XVIII*.

A propuesta del sabio cubano Fernando Ortiz, Le Riverend obtuvo un cupo para estudiar en la Casa de España en México (hoy El Colegio de México), en virtud de la

beca creada para cubanos por el prestigioso intelectual mexicano Alfonso Reyes. Gracias a esa condición, pudo estar en la segunda generación de estudiantes de esa institución, en la que tuvo de maestros a los mexicanos Silvio Zavala y Daniel Cossío Villegas, así como los españoles Rafael Altamira, Ramón Iglesias y José Gaos. Como culminación de su fructífera estancia en tierra mexicana, extendida de 1943 a 1946, Le Riverend se graduó de Maestro en Historia del Instituto Nacional de Antropología e Historia y de El Colegio de México con una tesis sobre los historiadores novohispanos del siglo XVIII. En México también dio a conocer, entre otros textos suyos, *La economía cubana durante las guerras de la Revolución y el Imperio franceses (1790-1808)* y *Los orígenes de la economía cubana (1510-1600)*, publicados en 1943 y 1945 respectivamente y en 1954 *Relaciones entre Nueva España y Cuba (1518-1820)*.

A su regreso a la capital cubana, tras investigar sobre la industria azucarera en Estados Unidos, Le Riverend laboró en la Escuela de Comercio de La Habana (1950-1952) y asumió la dirección del Patrimonio Nacional del Tribunal de Cuentas. A esta etapa corresponden sus enjundiosos nueve ensayos de historia económica de Cuba incluidos en *Historia de la Nación Cubana*, que comenzó a editarse en 1952. Después del triunfo de la Revolución, Le Riverend dió clases en la Escuela de Ciencias Comerciales de la Universidad Central de Las Villas (1959-1960) y ofreció algunos cursos sobre la historia económica cubana en la Universidad de La Habana. También laboró en el Banco Nacional de Cuba y el Instituto Nacional de Reforma Agraria. En 1962 fue nombrado presidente del recién creado Instituto de Historia de la Academia de Ciencias y del Archivo Nacional, hasta que diez años después fue sucesivamente Viceministro de Educación, Embajador en la UNESCO, Director de la Biblioteca Nacional y Presidente fundador de la Unión Nacional de Historiadores de Cuba (UNHIC). Entre sus libros también figuran *La Habana: biografía de una provincia*, (1960); *La moneda en el mundo contemporáneo* (1961); *Historia económica de Cuba* (1963); *La República; dependencia y revolución* (1966); *Breve historia de Cuba* (1978); *La Habana. Espacio y Vida* (1992); y *Problemas de la formación agraria de Cuba. Siglos XVI-XVII* (1992). Por sus aportaciones fundamentales a la historiografía recibió en 1973

la condición de Doctor *Honoris Causa* del Instituto de América Latina de la Academia de Ciencias de la antigua Unión Soviética y en 1995 el Premio Nacional de Ciencias Sociales y Humanísticas, recién instituido entonces.

Una apasionada martiana: Nydia Saravia

No recuerdo bien cuando conocí a Nydia Saravia, aunque me parece que fue mi maestro y gran amigo Francisco Pividal quien me la presentó, cuando trabajábamos en la creación de la Sección Cubana de la Asociación de Historiadores Latinoamericanos y del Caribe (ADHILAC), de la que ella fue fundadora en 1986 y dos años después su presidenta, hasta que en 1997 me pidió la sustituyera. Bajo su dirección, la ADHILAC-Cuba brilló en concurridas reuniones académicas respaldadas por Jorge Enrique Mendoza, entonces director del Instituto de Historia de Cuba y Armando Hart, al frente del Programa Martiano. Por ello, en el encuentro de Sao Paulo (1990), Nydia resultó elegida vicepresidenta internacional de ADHILAC, cargo en el que fue reelegida en Querétaro en México (1990) y que mantuvo hasta el congreso de Pontevedra (2001) en España.

Nos hicimos muy amigos cuando ella dirigía la Sección Cubana de ADHILAC, cuya directiva se reunía en su apartamento de la calle Línea, donde sus hermanas se desvelaban por atendernos. Habitualmente hablábamos por teléfono o me visitaba en el Departamento de Historia en la Casa Fernando Ortiz. Me encantaba escuchar sus fascinantes anécdotas de los más disímiles temas. En una ocasión le pregunté si el teniente Pedro Sarria, un oficial negro de la dictadura de Batista que salvó a Fidel Castro después del ataque al Moncada, había estado vinculado al Partido Socialista

Popular (Comunista). Me respondió que nunca había oído eso, a pesar de que Sarria le había contado su vida en un largo viaje en autobús de un extremo a otro de la isla. Sin darle mayor importancia, agregó que conoció a este oficial cuando irrumpió, con Fidel Castro y otros dos detenidos, en el Vivac de la capital oriental, donde disparó al aire para dispersar a los periodistas. Así fue como me enteré que Nydia, que ya se había graduado en La Habana (1951) en la Escuela de Periodismo Manuel Márquez Sterling y ejercido como maestra rural en Puerto Boniato, también había estado en el juicio del Moncada, como reportera de Radio Santiago. Impactada con el alegato de defensa de Fidel Castro, quedó convertida para el resto de sus días en una martiana fidelista.

El levantamiento armado de Santiago de Cuba el 30 de noviembre de 1956 la condujo a las filas del Movimiento 26 de Julio. Colaboró en diversas misiones, entre ellas la de intentar llevar al afamado escritor inglés Graham Greene a la jefatura rebelde (1957), a la vez que escribía en la prensa clandestina. Al triunfo de la revolución tuvo responsabilidades en el diario *Sierra Maestra*, hasta que se mudó a La Habana en 1961, donde laboró para diferentes periódicos nacionales y extranjeros. Fue investigadora del Instituto de Historia de la Academia de Ciencias de Cuba y fundadora, a propuesta de la secretaria de la presidencia Celia Sánchez, de la Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado, donde tuvo a su cargo la papelería de José Martí.

La propia Celia la alentó a escribir su primer libro: *Ana Betancout* (1970). Su labor historiográfica había comenzado en Santiago de Cuba con el escritor peruano Ciro Alegría, a principios de los cincuenta, con la historia del ron Bacardí. En su bibliografía también pueden anotarse *Historia de una familia mambisa. Mariana Grajales* (1974); *Tras la huella de los héroes* (1980); *Noticias confidenciales sobre Cuba. 1870-1895* (1985); *La patriota del silencio: Carmen Miyares* (1990) –que le ocasionó una injusta reprimenda pública del Centro de Estudios Martianos-; *Voces en su época* (2003);

Perfiles. Mujeres de la Guerra Civil Española en Cuba (2006); *Días cubanos de Lorca* (2007); *Pura del Prado, una voz de océano* (2011); *Martí, más allá de la ternura* (2013) y *Albores históricos: Cuba-Venezuela* (2011), al que, a petición suya, le hice el prólogo.

Muy poco antes de su fallecimiento, el 15 de julio de 2017, la visité con Pedro Pablo Rodríguez, el primero de nuestros martianos, para darle el pésame por la reciente muerte de una hermana y le escuchamos con verdadero deleite algunas de sus fabulosas historias. Siempre me reprocharé no haber grabado los testimonios que retenía en su extraordinaria memoria, que conservó intacta hasta el final.

Gustavo Vargas Martínez: cartógrafo del conocimiento

Cuando preparaba mi tesis doctoral sobre los artesanos de Bogotá en la revolución del medio siglo, me encontré con un libro inspirador de la autoría del historiador colombiano Gustavo Vargas Martínez titulado *Colombia 1854: Melo, los Artesanos y el Socialismo*. (1972). En noviembre de 1984 conocí a su autor en un evento de la Asociación de Historiadores Latinoamericanos y del Caribe (ADHILAC) celebrado en México y cinco años después me visitó en mi casa, ocasión en que conversamos toda una tarde sobre la historia de Nuestra América.

Me regaló dos libros suyos, dedicados a Bolívar, que me han sido de mucha utilidad. Me refiero a *Reflexiones sobre el sueño bolivariano de la Patria Grande* (1985) y a *Bolívar y el poder: orígenes de la revolución en las repúblicas entecas de América* (1991). A la temática bolivariana también dedicó otras obras: *Bolívar y Marx otro debate sobre la ideología del Libertador* (1984), que obtuviera el Premio en la primera

Bienal de Ensayo sobre el Libertador en Caracas (1983); *Simón Bolívar. Semblanza y Documentos* (1998) y *Presencia de Bolívar en la cultura mexicana* (2005), lo que explica que Gabriel García Márquez se entrevistara con él cuando preparaba *El general en su laberinto*, tal como lo reconoce en las últimas páginas de su famosa novela.

Gustavo Vargas Martínez (1934-2006) fue un historiador, filósofo, sicólogo y geógrafo nacido en Bucaramanga, Colombia, donde se graduó de Psicología en la Universidad Nacional de Bogotá en 1955, aunque su brillante carrera profesional la desarrolló en México. Se estableció en la capital mexicana desde que hiciera estudios de posgrado en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Aquí obtuvo su Maestría (1956) y tres años después el doctorado en Psicología, cuya tesis, *Ensayo sobre procedimiento psicológico clínico*, publicó en 1958. Desde 1964 se hizo cargo de la asignatura de Historia de la Cultura Latinoamericana en el Colegio de Estudios Latinoamericanos de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM y también laboró en la Universidad de Puebla. A partir de 1986 fue docente en la Escuela Nacional de Antropología e Historia.

China fue muy importante en su vida académica, desde que entre 1964 y 1968 residiera en Beijing durante la llamada Revolución Cultural Proletaria dirigida por Mao Zedong. A partir de ese momento, visitó la gran nación asiática casi treinta veces, prestando servicios en el Instituto de Idiomas de la capital china, en la agencia de noticias Xinhua y en la Comuna Popular Lukuqiao o Puente de Marco Polo. En 1992 fue invitado de honor a la Conmemoración del V Centenario del llamado descubrimiento de América, pues ya había publicado dos años antes su libro *Fusang, Chinos en América antes de Colón* (1990), donde se refiere a la supuesta travesía del almirante chino Zheng He, a quien se atribuye recorrer las costas americanas al mando de una flotilla de juncos de 1421 a 1423. Gracias a todas esas experiencias e informaciones, pudo impartir en la UNAM cursos de Historia Antigua de China.

Este último libro formó parte de una nueva línea de trabajo emprendida por Gustavo Vargas: el estudio de las fuentes cartográficas, al que se consagró en los últimos años de su existencia. Esas investigaciones lo llevaron a concluir en su libro *América en un mapa de 1489* (1996) –con prólogo de su coterráneo Germán Arciniegas- de que numerosas cartas geográficas europeas de 1415 a 1493, atribuyeron mares, islas, penínsulas y otros accidentes geográficos al Asia, cuando en realidad eran de América y procedían de viajeros que habían estado antes de Colón en nuestro continente. Fue en ese contexto que fundó en 1998 la revista *Amerística. La ciencia del nuevo mundo* y publicó los textos *Atlas Antiguo de América, siglos XV y XVI* (1995) y *Américo Vespucio: el primer nombre. 500 años del descubrimiento de América*" (2005),

Vargas Martínez fue miembro destacado de varias sociedades científicas, como la Academia de Historia de Santander y la Academia Nacional de Geografía. En 1994 recibió la Orden al Mérito en grado de Comendador, de la República de Colombia y dos años después el Premio Edmundo O’Gorman de México. Tras su fallecimiento, el 4 de marzo de 2006, la Escuela Nacional de Antropología e Historia organizó en su honor el evento *Periplo de una Conciencia Americana. In Memoriam Gustavo Vargas Martínez*, mientras la prestigiosa revista *Cuadernos Americanos*, a cuyo consejo editorial pertenecía, le dedicaba un número. Con total justicia, el arqueólogo mexicano Ricardo Melgar Tisoc lo calificó de “un intrépido marinero y cartógrafo del conocimiento, en donde su pluriculturalidad (Colombia, Venezuela, Perú, México, España, China, entre otros), le permitió fondear tanto en fuentes americanas y europeas, como sumergirse en antiquísimos y maravillosos documentos y cartas geográficas del lejano oriente, particularmente de China”

Apolinar Díaz-Callejas, reforma agraria y derechos humanos

Fue Luis Suárez Salazar, recién nombrado director del Centro de Estudios de América (CEA) de Cuba, quien en 1983 me presentó al destacado abogado, político, historiador y periodista colombiano Apolinar Díaz-Callejas. Desde entonces nos hicimos muy amigos, pues visitaba con frecuencia la isla, donde su hija Amparo, a la que asesoré en su trabajo de diploma, estudiaba Periodismo en la Universidad de Oriente. Me apoyo con documentos y libros para mi investigación sobre la revolución del medio siglo en Colombia y el papel de los artesanos y tuvo la gentileza de hacerle el prólogo cuando publique ese libro (1991).

Apolinar Díaz-Callejas (1921-2010) era oriundo de Colosó, Sucre. Graduado de Derecho y Ciencias Políticas en la Universidad de Cartagena de Indias, sus primeras labores lo vincularon a la asesoría de empresas agropecuarias. El estallido de ira popular del bogotazo, desatado por el asesinato el 9 de abril de 1948 del líder liberal Jorge Eliecer Gaitán, que inició la espiral de la violencia en Colombia que aún no ha finalizado, despertaron en el joven Díaz-Callejas sus inquietudes políticas. Al llegar las noticias, Apolinar se integró a la junta popular que ocupó durante diez días el poder en Barrancabermeja.

Su enorme sensibilidad por la terrible situación del campesinado colombiano y la violación de sus derechos, lo condujeron a apoyar la fundación por el presidente Carlos Lleras Restrepo (1966-1970) del Instituto Colombiano de Reforma Agraria (INCORA), del que luego fue subdirector. Con posterioridad, se desempeñó como ministro de Agricultura, gobernador de su estado natal y senador de la Republica, puesto desde el que encabezó, tras el golpe militar contra el gobierno de Salvador Allende en 1973, el Comité de Solidaridad con Chile.

Dedicado a la docencia y la investigación, realizó estudios sobre derechos humanos para la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO) y el Parlamento Andino, siendo invitado por la Organización de Naciones Unidas (ONU), a la Conferencia Mundial La Paz en el Medio Oriente y el conflicto palestino. Entre sus libros figuran *Del agua y el hombre* (1976); *Contadora. Desafío al imperio* (1985); *Diez días de poder popular* (1988); *Arrancados del hogar* (1991); *El lema respice polum y la subordinación en las relaciones con Estados Unidos* (1996); *Ensayos, Narraciones y Crónicas de Colosó* (1998); *Colombia y la reforma agraria. Sus documentos fundamentales* (2002) y *La reforma agraria en Colombia, Venezuela y Brasil. Nuestra costa caribe y el problema agrario* (2006). A ellos hay que sumar numerosos ensayos en obras colectivas como “La Globalización y su impacto sobre los derechos humanos”; ¿Qué será de nuestra América en el siglo XXI?; “La Nueva Hegemonía en la guerra y la paz y “Nueva hegemonía en el Viejo Nuevo Orden Mundial”. Además, tuvo una leída columna en el periódico liberal *El Heraldo* de Barranquilla, donde según contaba lo sacaran por “izquierdista”. Fue también miembro de la Academia de Historia de Colombia y de la de Cartagena de Indias, así como de la Comisión Andina de Juristas. Recibió varias condecoraciones, entre ellas la “Orden del Congreso de Colombia”, grado Gran Cruz con Placa de Oro y “Orden Bernardo O’Higgins”, de la República de Chile, grado de Comendador.

En 2007 compartí con Apolinar Díaz Callejas por última vez, cuando ya contaba ochenta y seis en su casa de Bogotá, donde lo visité en compañía de Roberto González Arana, profesor de la Universidad del Norte. A pesar de las dificultades para respirar – había sido un fumador empedernido-, que lo obligaba a auxiliarse de un pequeño tanque de oxígeno, conversamos sobre diversos temas e incluso almorzamos juntos. Diez años antes, los tres habíamos colaborado en un proyecto de Colciencias, el Banco Interamericano de Desarrollo (BID) y la Universidad del Norte titulado “Naturaleza de las relaciones exteriores entre Colombia y Cuba”, dirigido al análisis de las relaciones entre los dos países desde 1996 a 2004 y cuyos resultados dieron lugar al volumen

Colombia y Cuba. Del distanciamiento a la cooperación (1998). En esa última vez que lo vi me dedicó su valioso libro *Colombia Estados Unidos. Entre la autonomía y la subordinación. De la independencia a Panamá* (1997), que había sido finalista del Premio Planeta de Historia.

Guillermo Toriello, paladín de la dignidad latinoamericana

Tuve ocasión de compartir con Guillermo Toriello Garrido (1911-1997) a principios de 1983 en un pequeño evento internacional organizado por Francisco Pividal a propósito del bicentenario de Simón Bolívar en la Academia de Ciencias de Cuba, que entonces tenía su sede en el Capitolio Nacional. Entre los participantes estaba Toriello, junto con Carlos J. Díaz, Federico de Córdova, Salvador Morales, Ricaurte Soler, Antonio J. de Rivadeneira y Manuel Galich. Lo había conocido unos pocos meses antes, recién llegado con su familia a La Habana, donde establecería su residencia, en un almuerzo privado para darle la bienvenida, en el ya desaparecido restaurante *Moscú*, invitado por Ramiro Abreu y Félix Luna, dos ex alumnos muy cercanos con quienes colaboraba en el Departamento América del Partido Comunista de Cuba.

Guillermo Toriello procedía de una familia acomodada y se graduó de abogado en la Universidad de San Carlos de Guatemala. La lucha contra el régimen del general Jorge Ubico, en la que se involucró desde muy joven, lo fue alejando de su profesión. El 24 de junio de 1944 sobresalió como único orador en el Portal del Comercio, en las primeras protestas callejeras contra el dictador frente a la sede del Palacio Nacional, ante una impresionante multitud que desbordaba el Parque Central capitalino. En su vibrante arenga, convocó a una huelga general y a otra manifestación para el siguiente día, las que fueron objeto de una brutal represión con saldo de varios muertos y heridos. El 1 de julio, acosado por una extendida paralización de labores y presionado por el *Memorial de los 311*, del que Toriello era uno de los autores y firmantes, Ubico

renunció.

La continuación de la tiranía por su sucesor el general Federico Ponce levantó una nueva ola de protestas y una de las primeras fue la del propio Toriello, que el 3 de julio, víspera del ascenso al poder del nuevo dictador, estremeció el recinto parlamentario con un duro discurso de denuncia contra las maniobras continuistas. Por ello fue detenido e incomunicado durante tres semanas en las mazmorras de la Penitenciaría Central, de donde sólo logró salir gracias a las gestiones de un grupo de influyentes abogados. La continuación del asedio policial contra su persona lo obligó a buscar refugio en la Embajada de México y finalmente trasladarse al vecino país.

La caída de la dictadura de Ponce mediante un levantamiento cívico militar en octubre de 1944 llevó a Toriello al cargo de embajador en México, dado inicio a su brillante carrera diplomática. Al año siguiente, como ministro de Relaciones Exteriores de Guatemala le correspondió representar a su país en la fundación de las Naciones Unidas, oportunidad en que hizo reserva del derecho a veto que se otorgaba a las cinco grandes potencias vencedoras en la Segunda Guerra Mundial. Casi una década después, otra vez al frente de la cancillería, nombrado ahora por el presidente Jacobo Arbenz, se enfrentó en la X Conferencia de la Organización de Estados Americanos (OEA), celebrada en Caracas en marzo de 1954, al prepotente representante de Estados Unidos John Foster Dulles y votó solitario, en fundamentado discurso, contra la resolución anticomunista patrocinada por Washington y enfilada contra Guatemala.

Como a muchos de sus compatriotas, a Toriello le tocó sufrir en carne propia las terribles consecuencias de la intervención norteamericana en su patria. Desde el obligado exilio, continuó su persistente batalla por la liberación nacional, denunciando de un extremo a otro del planeta, la directa responsabilidad de Estados Unidos en el trágico derrocamiento de Arbenz y en el establecimiento de los regímenes militares criminales que le sucedieron. Como parte de esta incansable actividad, Toriello escribió varios libros para desnudar la política abiertamente intervencionista de

Estados Unidos. Nos referimos a sus obras: *La batalla de Guatemala* (1955), *¿A donde va Guatemala?* (1956), *Tras la cortina del banano* (1976), *Guatemala: más de veinte años de traición* (1980) y *El imperialismo contra dos revoluciones* (1983).

El compromiso de Toriello con las mejores causas de Nuestra América lo llevaron también a incorporarse en 1979 a la lucha contra la dictadura de Somoza en las filas del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN). Tras el triunfo de la Revolución Nicaragüense se incorporó a las milicias populares, fue consejero del Ministerio de Relaciones Exteriores de Nicaragua y embajador en Misión Especial. Además, desplegó una intensa actividad solidaria contra la agredida patria de Sandino, en su carácter de presidente del Tribunal Antimperialista de Nuestra América (TANA), creado en Managua (1981). También colaboró con las organizaciones armadas integradas en la Unión Revolucionaria Nacional Guatemalteca (UNRG), a la que representó en diversos foros internacionales, y respaldó su conversión en partido político, después de la firma de los acuerdos de paz en 1996, que le permitió asistir a la ceremonia oficial y despedirse de su patria.

Por esa vida meritoria recibió altas condecoraciones de México, Venezuela, Cuba y Nicaragua, entre otros países. La Universidad de la Habana le otorgó el doctorado *honoris causa*, lo que me dio la oportunidad de preparar el discurso de elogio que me agradeció, sorprendido por la cantidad de detalles que di a conocer sobre su extraordinaria vida. Los estrechos lazos de Toriello con la Mayor de las Antillas, donde murió en febrero de 1997, se habían tejido desde los tiempos del régimen de Gerardo Machado, cuando como atleta guatemalteco en los Juegos Centroamericanos de La Habana (1930) se negó a estrechar la mano del dictador. Identificado con la Revolución Cubana, fundó en La Habana en 1992 la Asociación por la Unidad de Nuestra América (AUNA), encaminada a promover la integración de los países al sur del río Bravo. Un busto suyo como *Canciller de la Dignidad* se levanta en la capital cubana junto al de Raúl Roa García, en memoria de su ejemplar vida revolucionaria y

como tributo a su histórica intervención en Caracas en 1954, que lo convirtió en el primer diplomático de Nuestra América con verdadera y auténtica proyección antimperialista frente a las agresiones de Estados Unidos contra nuestros pueblos.

Emilio Cordero Michel: aguerrido historiador dominicano

A principios de 2008 recibí el encargo del entonces presidente de la República Dominicana Leonel Fernández de organizar un evento internacional en Santo Domingo, sobre el bicentenario de la expulsión de los franceses de ese territorio. Para ello necesitaba el apoyo de un historiador dominicano y para mi satisfacción me propuso a Emilio Cordero Michel, que había sido su profesor y era un viejo amigo, a quien conocía desde hacía más de veinte años. Gracias a su colaboración como presidente de la Academia Dominicana de la Historia (2017-2010) y el coauspicio de la Asociación de Historiadores Latinoamericanos y del Caribe (ADHILAC), pudimos desarrollar en octubre de ese año el coloquio internacional “Repensar la Independencia desde el Caribe en el bicentenario de la revolución española, 1808-2008”. Dos años después tuve también la grata encomienda del propio presidente Fernández de organizar con Cordero Michel otro coloquio internacional sobre “Las Relaciones de Estados Unidos con el gran Caribe (1870-1945)”.

Emilio Cordero Michel (1929-2018) fue un destacado historiador y profesor dominicano. Graduado de abogado en la Universidad de Santo Domingo (1952), realizó posteriormente estudios de Sociología y Economía en el Hunter College de la City University of New York (CUNY), así como en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). A pesar de que era un opositor de la tiranía de Trujillo, gracias a las relaciones familiares fue nombrado primer secretario de la misión permanente de su país en las Naciones Unidas. En su puesto diplomático colaboró con grupos antidictatoriales,

pero esas actividades, junto con su solidaridad a la Revolución Cubana, le trajeron represalias de los gobiernos de la República Dominicana y Estados Unidos. Imposibilitado de participar en las expediciones armadas que salieron de Cuba en junio de 1959 para derrocar a Trujillo –en la que participó su hermano José, quien fue asesinado en Puerto Plata- brindó su respaldo desde New York.

Tras la muerte del déspota dominicano, Cordero Michel fue expulsado de Estados Unidos y, en diciembre de 1961, pudo entrar en Santo Domingo, uniéndose al Movimiento 14 de Junio, del que fue dirigente. Dos meses después del derrocamiento de Juan Bosch, el 25 de septiembre de 1963, se incorporó como comisario político al recién abierto frente guerrillero de Las Manaclas, comandado por Manuel A. Tavárez. Hecho prisionero herido, fue milagrosamente el único sobreviviente de ese grupo guerrillero. Tras ser excarcelado, denunció el asesinato de sus compañeros y se exilió en Cuba, donde llegó a combatir contra las bandas contrarrevolucionarias en la Sierra del Escambray.

Después de la revolución de abril y la intervención de Estados Unidos en República Dominicana (1965), regresó a su patria y comenzó su labor docente en la Universidad Nacional Autónoma de Santo Domingo (UASD) en las Escuelas de Economía e Historia y Antropología. En la propia UASD dirigió el Colegio Universitario, el Centro Electrónico de Cómputos y la Editora Universitaria, que fundó. También dio clases en el Instituto Tecnológico de Santo Domingo y en la Universidad Católica. Fue presidente de la sede local de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), miembro honorario del Instituto Dominicano de Genealogía y editor de la revista *Clio*. En 2004 recibió el título de Profesor Meritísimo de la UASD.

Escribió numerosos ensayos históricos y libros, entre estos: *La Revolución haitiana y Santo Domingo* (1968), *Asuntos dominicanos en archivos ingleses* (1993), con Bernardo Vega; *La ciudad de Santo Domingo en las crónicas históricas* (1998); *Máximo Gómez a cien años de su fallecimiento, 1905-2005*, (2005); *Lilís, el sanguinario machetero dominicano* (2006); *Repensar la independencia de América Latina desde el Caribe* (2009), coordinado conmigo, así como *Dictadura y revolución en el Caribe: las expediciones de junio de 1959* (2009), en colaboración con el cubano José Abreu Cardet. Desde el 2015 el Archivo General de la Nación comenzó a publicar sus *Obras escogidas*.

Tuve el honor de entregarle a mi inolvidable amigo, en junio de 2011 en Santo Domingo, en el X Encuentro Internacional de la Asociación de Historiadores Latinoamericanos y del Caribe (ADHILAC), la condición de Miembro de Honor, y de dar el discurso de recepción en La Habana, a fines de 2014, para su muy merecido ingreso como Miembro Correspondiente de la Academia de la Historia de Cuba.

Aurea Matilde Fernández, maestra de maestros

Fue a fines de los años sesenta cuando vi por primera vez a Aurea Matilde Fernández Muñiz (1929-2017) en el Anfiteatro Manuel Sanguily de la antigua Facultad de Humanidades de la Universidad de La Habana. Aquella bella y elegante vicedecana que dirigió el claustro, el primero en que participaba como alumno ayudante, sería poco después mi profesora de Historia de España, impresionando a todos mis compañeros de clase por su dominio de la materia y facilidad de expresión.

Nacida en Asturias (España) en una familia de maestros republicanos, debió exiliarse en Cuba con su madre Consuelo y tres pequeños hermanos, después del asesinato de

su padre José Fernández Rodríguez por los falangistas en diciembre de 1936. Diez años después, la muerte de la madre, puso a la joven Aurea Matilde ante nuevos retos. Desde 1957 comenzó a trabajar como maestra de primaria, aunque sólo a partir del triunfo de la Revolución pudo desarrollar a plenitud su vocación, pues desde principios de los sesenta se desempeñó como profesora e inspectora de Historia en diferentes niveles de enseñanza.

Graduada de Historia en la Universidad de La Habana (1966), se hizo cargo de la asignatura de Historia de España, en sustitución de la especialista hispan-soviética María Cristina Miranda, que debió regresar a su país. Durante medio siglo, Aurea Matilde fue la principal profesora de esa materia en la Universidad de La Habana, renovando sus programas y actualizando la bibliografía, que incluyó lo más avanzado de la historiografía. Al dejar el Vicedecanato en la Facultad de Humanidades (1971), fue subdirectora de la Escuela de Historia hasta 1976, cuando pasó a dirigir el Departamento de Historia Universal de la Facultad de Filosofía e Historia y a presidir la Comisión Nacional de la especialidad. Sin abandonar sus múltiples actividades académicas, obtuvo dos doctorados en Historia -en Ciencias Históricas (1984) y en Ciencias (2006)-, siendo considerada su tesis la mejor de este último año.

Gran relevancia también alcanzó como profesora en Universidad para Todos de la Televisión Cubana. En el 2002 fue la conductora principal del ambicioso curso colectivo de Historia Universal, impartido en vivo ante las cámaras, teniendo bajo su responsabilidad hilvanar el panorama histórico que abarcaba diferentes áreas geográficas, desde los tiempos más remotos hasta los recientes. Con posterioridad, entre 2004 y 2005, impartió un memorable curso de Historia de España que acaparó la atención de los televidentes. Incluso recibió elogios del entonces presidente de la República Dominicana Leonel Fernández, cuando este la conoció en un evento internacional en Santo Domingo (2008), donde le confesó su admiración y lo mucho que había aprendido con sus enjundiosas clases. No en balde había alcanzado la

condición de miembro de Número de la Academia de la Historia de Cuba, de Honor de la Asociación de Historiadores Latinoamericanos y del Caribe (ADHILAC), Profesora Emérita de la Universidad de La Habana (2004) y los premios nacionales de Historia (2006), Félix Varela (2008) y de Ciencias Sociales y Humanísticas (2008). Además, presidió el Tribunal Nacional de Doctorados en Historia de la República de Cuba, al que pertenecía desde su fundación en 1987.

A todo lo anterior, debe añadirse su sobresaliente producción historiográfica, donde destacan libros como *Cuba-España, 1868-1898; Revoluciones burguesas y relaciones coloniales*, (1988); *España Contemporánea, Segunda República y Guerra Civil, 1931-1939* (1995), Premio de la Universidad de La Habana; *España, franquismo y transición, 1939-1982* (2002), Premio de la Crítica; *Breve historia de España* (2006), y el CD *Cuba 1898: Guerra, sociedad y cultura en la coyuntura finisecular* (1999) en colaboración con María del Carmen Barcia. así como varios textos para la educación superior. Su obra, *José y Consuelo. Amor, guerra y exilio en mi memoria*, dedicada a la vida de sus padres, fue publicada en Oviedo (España) y La Habana (Cuba) simultáneamente en 2007. Este sentido libro, por el que recibió el Premio Universidad de La Habana, cuenta la desgarradora historia de sus padres. Lo confeccionó a partir de recuerdos familiares confrontados con fuentes historiográficas. Tuve la honra de presentar en el Centro de Estudios Martianos esta verdadera joya literaria de mi querida maestra y amiga Aurea Matilde Fernández, que dejó una huella imborrable en todos los que la conocieron y admiraron.

Don Miguel León Portilla: eminente historiador mexicano

El 1 de octubre de 2019 falleció Miguel León Portilla a los noventa y tres años de edad, el mejor conocedor e investigador de la América indígena, quien con sus enjundiosos

estudios de los pueblos originarios abrió un nuevo camino a la historiografía de nuestra América. Nacido en la capital de México, se graduó de bachiller en Guadalajara en 1944 y cuatro años después en Loyola University, de Los Ángeles, California. En agosto de 1956, obtuvo su doctorado en Filosofía en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) con la tesis *La filosofía náhuatl estudiada en sus fuentes*.

Durante más de medio siglo el doctor León Portilla, quien llegó a dominar varios idiomas (entre ellos el náhuatl), fue profesor en la Facultad de Filosofía y Letras e investigador del Instituto de Investigaciones Históricas de su Alma Mater, del que fue director (1976-1986). Lo distinguieron con la condición de Investigador Emérito de la UNAM (1988) y del Sistema Nacional de Investigadores (1996). También estuvo al frente del Instituto Indigenista Interamericano (1960-1966); director de la Academia Mexicana de la Historia y consejero del Instituto de Civilizaciones Diferentes, con sede en Bruselas (Bélgica). Además, fue embajador de México ante la UNESCO (1988-1992). Perteneció a más de una treintena de sociedades académicas y en reconocimiento a su destacada labor recibió numerosas distinciones, entre ellos el Premio Nacional de Ciencias Sociales, Historia y Filosofía de México (1981); el Premio Universidad Nacional (1994) y el Premio de la Universidad Iberoamericana (2005). Además, muchas universidades del mundo le otorgaron el título de doctor honoris causa.

Sin duda, *Visión de los Vencidos* (1959), es su obra más popular y famosa, traducida a una veintena de idiomas. En este valioso libro, el doctor León Portilla reunió fragmentos de la visión náhuatl desde las premoniciones de Moctezuma hasta los *cantos tristes* posteriores a la conquista, extraídos de los propios textos aborígenes. Para León Portilla el conocimiento de la literatura indígena era también un arma contra

los efectos uniformadores del mundo posmoderno, en el que se quieren imponer las normas genéricas del neoliberalismo como explicó en su texto *Pueblos originarios y globalización* (1996). Entre los títulos de su profusa bibliografía figuran: *Siete ensayos sobre cultura náhuatl* (1958); *Los antiguos mexicanos, a través de sus crónicas y cantares* (1961); *Trece poetas del mundo azteca* (1967); *Tiempo y realidad en el pensamiento maya* (1968); *De Teotihuacán a los aztecas* (1971); *Culturas en peligro* (1976); *México-Tenochtitlán, su espacio y tiempos sagrados* (1979); *Bernardino de Sahagún* (1987); *Cartografía y crónicas de la Antigua California* (1989); *La flecha en el blanco. Francisco Tenamaztle y Bartolomé de las Casas en lucha por los derechos indígenas 1541-1556* (1995); *Los manifiestos en náhuatl de Emiliano Zapata* (1996); *Loreto, capital de las Californias. Las cartas fundacionales de Juan María de Salvatierra* (1997); *Tonatzin Guadalupe. Pensamiento náhuatl y mensaje cristiano* (1999); *Motivos de la antropología americanista*. (2001); *Pueblos indígenas de México: autonomía y diferencia cultural* (2003); *En torno a la historia de Mesoamérica* (2004); *Aztecas-Mexicas, desarrollo de una civilización originaria* (2005) y *México: muchas lenguas y culturas. Su florecer en un universo de biodiversidad* (2006), *Independencia, reforma, revolución, ¿y los indios qué?* (2010).

Me presentaron a León Portilla una hermosa tarde en casa de mi amiga Eugenia Meyer en ciudad México, en la que también estaban los embajadores mexicanos Beatriz Paredes y José Ignacio Piña. De inmediato conecte con aquel hombre sencillo, jovial, de gran sentido del humor, fácil comunicación y enorme sensibilidad humana. Tuve poco después el honor de pronunciar el discurso de elogio en el Aula Magna de la Universidad de La Habana cuando se le entregó el doctorado honoris causa (2006). Sus conmovedoras palabras de aceptación las publicamos en el número 5 de *Chacmool*, revista cubano-mexicana que editamos con Carlos Bojórquez

Al año siguiente, el propio León Portilla inauguró con una impresionante conferencia magistral el VIII Encuentro Internacional de la Asociación de Historiadores Latinoamericanos y del Caribe (ADHILAC) celebrado en Caracas. En esta oportunidad lo recibí en el aeropuerto de Maiquetía junto con Arístides Medina Rubio, entonces presidente de ADHILAC y director de la Biblioteca Nacional de Venezuela y lo acompañé a distintas actividades, incluyendo al otorgamiento del doctorado honoris causa en la Universidad Bolivariana. Después me mandó su sentido artículo “Cuba y México”, que publicamos en el *Chacmool* VI, donde condena el bloqueo estadounidense a Cuba y hace votos, como en su discurso del Aula Magna, para que “cubanos y mexicanos, manteniéndonos en nuestra relación y amistad de muchos siglos”, estrechemos “nuestras manos para seguir haciendo al andar: un camino de justicia, libertad y esperanza”.

Arístides Medina Rubio, padre de la historia regional en Venezuela

El mismo día que falleció Miguel León Portilla perdimos también el destacado historiador venezolano Arístides Medina Rubio. Como acabo de contar en el epógrafo anterior, Medina Rubio atendió al ilustre mexicano durante el VIII Encuentro Internacional de la Asociación de Historiadores Latinoamericanos y del Caribe (ADHILAC), celebrado en Caracas (2007), ocasión en que publicó una edición popular de su clásico *Visión de los Vencidos*.

Nacido en Puerto Cabello, estado de Carabobo, Arístides Medina Rubio (1937-2019) se graduó en 1969 de profesor en Historia y Geografía en el Instituto Pedagógico de Caracas y en 1974 obtuvo su doctorado en El Colegio de México. Fue profesor en liceos y en el propio Pedagógico capitalino, en el cual desarrolló una exitosa carrera profesional y fundó la Cátedra de Historia de Venezuela (1976). También laboró en la

Universidad de Carabobo y en la Universidad Central de Venezuela (UCV). Aquí sobresalió como profesor de pregrado, posgrado y doctorado y llegó a dirigir la Escuela de Historia (1986-1989).

Otra faceta de Medina Rubio fue la de editor de libros y revistas académicas y de divulgación. Estuvo al frente de la Editorial Trópicos y creó en 1982 -con Pedro Calzadilla Álvarez y Carlos Viso Carpintero- la revista *Tierra Firme*, que ya ha publicado más de un centenar de números. Además, hasta 2003 presidió la Fundación Kuai-Mare, ahora llamada Red de Librerías del Sur. Promotor y teórico de la historia regional, con discípulos en toda Venezuela, su influencia en este campo trascendió las fronteras nacionales. Publicó, entre otros libros, *La Iglesia y la Producción Agrícola de Puebla. 1540-1800*, (1984); *Historia Regional. Siete ensayos de Teoría y Método*, (1984); *Historia Mínima de Venezuela* (1994); *Introducción a la Historia Regional* (1995); *Historia Mínima de la Economía* (1999) y *Lecturas de Historia Regional y Local* (2002). En 2018 presentó en la Feria del Libro de Caracas la obra *El pueblo venezolano. 15 000 años de Historia*, que escribiera junto con Mario Sanoja, Irayda Vargas, Carmen Bohórquez y Luis Britto García.

Entre las diversas responsabilidades que desempeñó estuvo la dirección de la Casa de Nuestra América José Martí en Caracas y la Biblioteca Nacional de Venezuela (2003-2009). Fue presidente para el Desarrollo de las bibliotecas nacionales de la Asociación de Estados Iberoamericanos y estuvo entre los fundadores de Centro Nacional de Historia, el que además dirigió. En 2001 fue elegido en Pontevedra (España), presidente de ADHILAC, contribuyendo a sacar la asociación del marasmo que atravesaba desde 1994. En esa condición, organizó en Caracas la memorable mesa de *En defensa de la Memoria*, como parte del Encuentro Mundial en Defensa de la Humanidad (2004), que daría lugar a la red del mismo nombre.

La primera vez que me encontré con Arístides Medina Rubio fue en 1991 en un Encuentro Trilateral de Historiadores de Cuba, Venezuela y México organizado en La

Habana por la Sección Cubana de ADHILAC, entonces presidida por Nydia Saravia. Allí, con la complicidad de José Napoleón Guzmán de Michoacán y del cubano Salvador Morales, Arístides se comprometió a publicar una revista de la ADHILAC, que se denominó *Nuestra Historia*, y de la que salieron dos números (1991 y 1992). Con esa finalidad, llevé una noche a Medina Rubio a la casa de Digna Castañeda, tesorera de la Sección Cubana, en busca de recursos para ese noble empeño.

Cuando estuve en Caracas en abril de 1999, Arístides fue un anfitrión de lujo. Me organizó un curso de posgrado en el Instituto de Estudios Hispanoamericanos de la UCV y una conferencia en el Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos, instituciones entonces a su cargo, y tuvo la deferencia de sentarse entre el público asistente. Desde esa fecha, como buen sibarita, cada vez que nos veíamos terminábamos en un restorán, donde entrábamos al mediodía y no salíamos hasta bien avanzada la noche. En una ocasión en que me acompañaba Carlos Oliva, después de una de esas largas tertulias, a la que siempre se incorporaban otras personas, nos dejó en el hotel ya pasada la medianoche, pero a las siete de la mañana volvió puntual para llevarnos a las actividades programadas, a pesar de que su casa, rotulada “Villa Nancy” por el nombre de su esposa, estaba muy distante, en la cima de un cerro en el estado Miranda.

En 2006 compartimos en un evento internacional en Coro, por el bicentenario del desembarco de Francisco de Miranda, y al regresar en su coche a Caracas, conocimos por una inesperada llamada telefónica que se le acababa de otorgar el Premio Nacional de Cultura Mención Humanidades. Todavía lamento no haber podido participar en el congreso nacional de historiadores venezolanos, al que estaba invitado, donde se le honró como se merecía con el Premio Nacional de Historia de la República Bolivariana de Venezuela. En julio de 2022, al hacer uso de la palabra en el acto fundacional de la sección venezolana de la ADHILAC, en el Salín Sucre de la cancillería, pude recordar a los presentes todo lo que debíamos a nuestro inolvidable maestro y amigo Arístides

Medina Rubio.

Moreno Friginals y sus historias sobre la *sacarocracia*

El Ingenio (1964) de Manuel Moreno Friginals (1920-2001) es considerado la obra más sobresaliente de la historiografía cubana de las primeras décadas de la Revolución. El propio comandante Che Guevara escribió a su autor, que le había enviado su texto dedicado: “quisiera dejar constancia de que no recuerdo haber leído un libro latinoamericano en el cual se conjuga el riguroso método marxista de análisis, la escrupulosidad histórica y el apasionamiento que los torna apasionante.”

Cuando cursaba Derecho Civil en la Universidad de La Habana, a principios de los años cuarenta, Moreno se interesó por el marxismo y compartió con jóvenes pertenecientes a una especie de fraternidad orientada por el Partido Comunista -que pronto se renombró Socialista Popular-, y obtuvo el primer premio de la Sociedad Colombista Panamericana con *Viajes de Colón en aguas de Cuba*. Después hizo estudios en Historia en el entonces naciente El Colegio de México (1945-1947), gracias a una beca compartida a la fuerza con Carlos Funtanellas. Entre 1948 y 1950 fue también becario del Instituto de Cultura Hispana de Madrid, asistió a la Universidad Complutense y a la Escuela de Estudios Hispanoamericanos de Sevilla, así como revisó documentos en los archivos de Simancas y en el de Indias. Por esta época publicó en México *Nación o plantación* (1948) y *Misiones cubanas en los archivos europeos* (1953), así como *Agustín de Iturbide, caudillo* (La Habana, 1950).

A su regreso a Cuba impartió clases en la recién creada Universidad de Oriente, se desempeñó como subdirector de la Biblioteca Nacional José Martí y obtuvo en 1953 el doctorado en Ciencias Sociales en la Universidad de La Habana. En ese año se marchó

a Venezuela, contratado por una empresa cervecera. Aquí conoció el mundo mercantil, especializándose en programación lineal, publicidad y radiodifusión, mientras colaboraba con la oposición a la dictadura batistiana. De nuevo en La Habana, en 1959 trabajó en un plan de la reforma agraria y en la Universidad Central de Las Villas, donde realizó experimentos para producir azúcar con métodos del siglo XVIII y publicó *José Antonio Saco: estudio y bibliografía* (1962), premiado antes por la Asociación de Bibliotecarios. Dos años después dio a conocer su obra cumbre *El ingenio, complejo socio-económico cubano*, que ofrece un riguroso análisis del proceso tecnológico de esa industria y su mercado -en 1978 salió ampliado en tres tomos-, en el que se vale del término *sacarocracia*, de su amigo Raúl Cepero Bonilla, para referirse a la oligarquía azucarera cubana. Entre 1963 y 1972 laboró en el Ministerio de Comercio Exterior, donde llegó a ser secretario de la Cámara de Comercio de Cuba, y en el Banco Nacional.

Desde 1972 fue profesor del Instituto Superior de Arte e impartió posgrado en la Universidad de La Habana; se encargó del Proyecto de Historia del Caribe de la UNESCO y fue asesor personal del ministro de Cultura desde 1976. En 1984 publicó su volumen de ensayos *La Historia como arma y otros estudios sobre esclavos, ingenios y plantaciones* (1984). Además, recibió el doctorado Honoris Causa del Instituto de América Latina de la Academia de Ciencias de la antigua Unión Soviética (1973) y el Premio Clarence H. Haring de la American Historical Association (1981) por *El Ingenio*, considerada la obra más importante publicada entonces sobre el tema.

En 1987, tras recibir el grado de doctor de la Comisión Cubana de Grados Científicos, fue miembro del Tribunal Nacional Permanente de esta especialidad, donde tuve la oportunidad de compartir con Moreno en varias defensas de tesis. Me relacionaba con él desde años atrás, cuando con Francisco Pérez Guzmán planeamos asistir al II Encuentro Internacional de la Asociación de Historiadores Latinoamericanos y del Caribe (ADHILAC) en Caracas (1978), al que ambos asistieron. Mucho después,

elegido como secretario ejecutivo de la ADHILAC en el cónclave de Sao Paulo (1990) fui uno de sus tres vocales con Olga Cabrera y Oscar Zanetti.

En febrero de 1994 inauguré el ciclo de conferencias del Aula Iberoamericana invitado por su coordinadora Carmen Almodóvar, donde me encontré a Moreno, visiblemente atribulado por la situación del “período especial”. Sólo unos meses más tarde se radicó en Miami y salió su último libro *Cuba / España, España / Cuba. Historia común*, (Barcelona, 1995), con el que, mediante alusiones e indirectas salpicadas por el texto, se desmarcaba de la Revolución Cubana -más desembozadamente lo hizo en todas sus entrevistas y declaraciones públicas-, de la que había sido uno de sus intelectuales más talentosos, comprometidos y emblemáticos. Lo vi por última vez en 1998 cuando compartimos en la Universidad de Cádiz en un curso de verano organizado por Alberto Gullón, ocasión en que lo presenté a los colegas españoles como uno de los grandes historiadores cubanos, gesto que correspondió advirtiendo a los presentes que de Cuba no hablaría, pues me lo dejaba a mí, que vivía en la Isla, lo que cumplió al pie de la letra.

Jacob Gorender: guerrillero e historiador

A fines de 1990, cuando participaba en el Encuentro Internacional de la Asociación de Historiadores Latinoamericanos y del Caribe (ADHILAC) en Sao Paulo (Brasil), en noviembre de 1990, tuve la suerte de conocer a Jacob Gorender (1923-2013), leyenda viva del movimiento revolucionario brasileño, quien se había convertido, a pesar de carecer de títulos académicos, en un reconocido historiador. Sin conocerlo personalmente, lo mencionaba entre los líderes de la lucha armada contra la dictadura militar de su país en mi *Historia de Brasil*, elaborada en colaboración con Alberto Prieto, y publicada en 1987.

Luego me visitó en el Departamento de Historia de la Universidad de La Habana, en julio de 1991, obsequiándome algunos de sus textos. Ya en nuestro primer encuentro en Sao Paulo, me había dedicado su libro *Combate nas Trevas. A Esquerda brasileira: das ilusões perdidas a luta armada*, editado originalmente en 1987, donde sobre la base de una rigurosa investigación histórica, ofrece detalles inéditos de los años duros de la lucha revolucionaria en Brasil, esclareciendo oscuros episodios como la muerte de Carlos Marighella. Como el propio Gorender confesara en una entrevista al historiador Mario Maestri: “El gran protagonista es la izquierda. No se trata de un libro de memorias. Solo un 15% se refieren a recuerdos del autor. Y en esos pasajes, me documenté y no me apoye en mi memoria”

Nacido en una barriada humilde de San Salvador de Bahía, en una familia de inmigrantes judíos revolucionarios procedentes de Ucrania, Gorender comenzó a estudiar en 1941 la carrera de derecho, cuando ingresó al Partido Comunista Brasileño (PCB). Alentado por su militancia comunista, dejó sus estudios y se enroló voluntariamente en la Fuerza Expedicionaria Brasileña (FEB), combatiendo en el frente italiano en las postrimerías de la Segunda Guerra Mundial. De vuelta a su tierra natal, tras la terminación de la contienda bélica, Gorender se convirtió en cuadro profesional del PCB, llegando a figurar en su Comité Central. Por esa época publicó sus primeros trabajos, entre ellos “Corrientes sociológicas no Brasil” (1958).

Después del golpe de estado militar de abril de 1964, que derrocó al gobierno constitucional de Joao Goulart, Gorender abogó por la lucha armada en el seno del PCB, donde integró una facción denominada Corriente Revolucionaria, opuesta a la política de resistencia legal promovida por Luiz Carlos Prestes, su secretario general. Expulsado del PCB en 1967, junto a sus compañeros disidentes Mario Alves y Apolonio de Carvalho, fundó en abril de 1968 el Partido Comunista Brasileño Revolucionario (PCBR) que desde el año siguiente emprendió acciones armadas urbanas. Perseguido por los órganos represivos de la dictadura militar, fue capturado en 1970 y sometido a crueles torturas.

Encarcelado en la Prisión de Tiradentes, comenzó a dar clases a sus compañeros de confinamiento y a escribir una obra sobre el *El esclavismo colonial*, siguiendo la línea interpretativa abierta por Caio Prado Junior desde los años cuarenta, otro importante historiador comunista brasileño de su generación, quien valoraba a la esclavitud de plantación como parte esencial del capitalismo. En su texto, Gorender esgrimió la tesis sobre la existencia de un modo de producción diferente, que llamó esclavista colonial, terciando en el debate entonces en boga sobre los modos de producción en América Latina.

En los años setenta, tras salir de prisión y ser beneficiado después con una amnistía (1979), Gorender pudo dar rienda suelta a sus inquietudes intelectuales. A esta época corresponden sus libros *O escravismo colonial*. (1978); *A burguesia brasileira* (1981); *Gênese e desenvolvimento do capitalismo no campo brasileiro* y el ya mencionado *Combate nas Trevas*, ambos editados en 1987, así como numerosos artículos y ensayos de filosofía, política e historia que le valieron en 1999 el prestigioso Premio Juca Pato, concedido por la Unión Brasileña de Escritores. Una de sus últimas obras fue *Marxismo sem utopia* (1999), donde expuso sus concepciones teóricas antidogmáticas sobre la naturaleza reformista de la clase obrera, criticando el determinismo histórico y revalorizando la importancia de la intelectualidad en la formación de una conciencia revolucionaria

Tabares, la Escuela de Historia y la ADHILAC

Vi por primera vez a Tabares en el Anfiteatro de la Escuela de Letras y Artes de la Universidad de La Habana en 1969, cuando nos lo presentaban como nuevo director

de la Escuela de Historia. De manera irreverente, nos habló sentado encima de la mesa del proscenio y con sus piernas cruzadas. Era su peculiar manera de anunciar que se proponía revolucionar la Escuela, lo que intentó durante su breve mandato, apenas de un año, pues se granjeó la resistencia de parte del claustro.

Tabares introdujo una serie de cambios para impulsar la divulgación y la socialización de los conocimientos históricos, en correspondencia con la Ofensiva Revolucionaria que entonces se desarrollaba en Cuba. Para ello, promovió la participación de alumnos y docentes en labores comunitarias en fábricas de azúcar y otras industrias, impulsó las charlas y trabajos voluntarios en centros productivos y organizó conferencias públicas en la Universidad impartidas en horario nocturno. Además, promovió contactos con reconocidos historiadores –Jorge Ibarra, Manuel Moreno Fragnals, Julio Le Riverend, Mary Ruíz de Zárate etc.- y dio a los estudiantes amplia participación en la dirección de la Escuela.

La designación de José A. Tabares del Real (1932-2001) en ese cargo venía avalada por su labor revolucionaria y su vocación de historiador. En 1955, cuando estudiaba para Contador Público en la Universidad de La Habana se incorporó a la lucha contra Batista en el Movimiento 26 de julio. Tras el triunfo de la Revolución, fue fundador de la Revista *Verde Olivo*, de la primera escuela de instrucción revolucionaria, embajador en Bolivia y tuvo responsabilidades en el Ministerio de Industrias y el Instituto Nacional de Reforma Agraria (INRA). Al asumir la dirección de la Escuela de Historia, dirigía el Archivo Nacional y la comisión creada en La Habana por el centenario de las guerras de independencia. Ya había publicado en Chile su primer libro, *La Revolución Cubana: ensayo de interpretación* (1960), con prólogo de Salvador Allende, fruto de sus conferencias en la tierra austral, y que circuló en Cuba un año después en edición del Patronato del Libro Popular.

Tras dejar la Escuela de Historia, Tabares obtuvo su doctorado en Historia en la Universidad de Rostock (Alemania). En esos años laboró en el periódico *Granma*, dirigió la Comisión de Orientación Revolucionaria (COR) en Sancti Spíritus, fue vocero del Ministerio de Relaciones Exteriores, así como embajador en Hungría y asesor en la Televisión Cubana. Por entonces ya había publicado sus conocidos libros: *La Revolución del 30: sus dos últimos años* (1971), Premio del Concurso 26 de Julio de las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR), y su biografía *Guiteras* (1973), sobre el líder revolucionario cubano de los años treinta, así como varios ensayos, sobre temas poco abordados como “Política exterior del gobierno de Ramón Grau San Martín (1944-1948)” y “Fulgencio Batista y la Asamblea Constituyente de 1940”, este último un avance de su inconclusa biografía del aborrecido dictador.

Reincorporado a la actividad académica, en la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) y en la Casa de Altos Estudios Fernando Ortiz, ambas de la Universidad de La Habana, nos hicimos muy amigos, sobre todo desde que en 1996 ingresara a la directiva cubana de la Asociación de Historiadores Latinoamericanos y del Caribe (ADHILAC). Una de las últimas veces que hablamos fue por teléfono, cuando preparábamos el encuentro de ADHILAC en Pontevedra (España) de septiembre de 2001, para comunicarme que no podría asistir, pues ya no se sentía bien, y sólo tres meses después falleció. Desde entonces, la sección cubana de ADHILAC perdió su valiosa presencia, que coloreaba nuestras reuniones con un chispeante anecdotario, acompañado de un apetito voraz y su sed insaciable.

Feliciano García, el amigo leal y sus estudios de historia económica.

Feliciano J. García Aguirre (1948-2013) no fue sólo un sobresaliente historiador y profesor veracruzano, sino también extraordinario amigo. En la segunda mitad de los

ochenta, Feliciano llegó a La Habana atraído por su devoción sin límites por la Revolución Cubana, con una beca para hacer su doctorado en economía. Una mañana se me presentó inesperadamente en el antiguo Departamento de Historia de América, para solicitar permiso para asistir a algunas clases de nuestra especialización en Historia Latinoamericana, participando después en todos los cursos que ofrecíamos.

En poco tiempo se convirtió en un miembro más del Departamento, con quien compartíamos en todas las actividades, a la vez que contribuía a impulsar las relaciones académicas entre la Universidad de La Habana y su Alma Mater veracruzana, hasta que, sin haber concluido su doctorado en economía, Feliciano se marchó a Finlandia. Dejamos de saber de él por una larga temporada, hasta que me llamó por teléfono en 1994 y nos reencontramos en el congreso en Querétaro de la Asociación de Historiadores Latinoamericanos y del Caribe (ADHILAC).

Desde entonces, Feliciano –nunca hubo un nombre tan bien puesto- se ganó un lugar en las filas de la ADHILAC, apoyando en todo lo que estaba a su alcance, tanto dentro como fuera de la asociación. En muchas ocasiones nos acogió en Xalapa, donde organizó eventos académicos, impulsó publicaciones y armó seminarios internacionales, como los que desarrolló con Carlos Oliva en la desaparecida Asociación por la Unidad de Nuestra América (AUNA), como expresión de su vertical e indoblegable compromiso revolucionario con las mejores causas de Nuestra América.

Durante 35 años trabajó en la Universidad Veracruzana, donde se había graduado en Economía (1972) y obtenido su Maestría en Desarrollo Regional (1980). Se doctoró en Historia en la Universidad de La Habana en 1999, con la asesoría del profesor Oscar Zanetti. Con posterioridad, hizo una estancia posdoctoral sobre Pensamiento y Cultura en América Latina, patrocinada por El Colegio de México y el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO). Miembro del Sistema Nacional de Investigadores Nivel I y Titular del Cuerpo Académico del Instituto de Investigaciones

Histórico-Sociales de la Universidad Veracruzana, impartió clases en sus Facultades de Sociología, Economía e Historia y también en la Universidad Autónoma de Tabasco. Fue asesor científico de proyectos y revistas y dio a conocer numerosos ensayos, artículos y libros, entre ellos: *Plan de desarrollo Agropecuario y forestal para el Estado de Veracruz: 1980-82* (1980); *Regiones y expansión capitalista en México durante el siglo XIX* (1988); *Agraristas y agrarismo, Liga de Comunidades Agrarias del Estado de Veracruz* (1992); *Antología, Integración latinoamericana y caribeña* (2003) (compilador); *Tiempo y espacio: miradas múltiples* (2005); *Transformaciones jurídicas en la globalización* (2006); *Desafíos actuales para América Latina. Entre la globalización neoliberal y la resistencia de los pueblos* (2006), coordinado con el brasileño Luis Fernando Ayerbe; *El Plan Puebla-Panamá ¿Integración para el desarrollo?* y *Atrapados por la modernidad. La erosión del espacio y el tiempo*, ambos de 2007, y de los que fue coautor. Además, tuvo a su cargo la edición de los *Cuadernos de Trabajo* del Instituto de Investigaciones Histórico-Sociales, colección que inauguró con un texto de mi autoría.

En nuestra última conversación telefónica, unos pocos días antes de su repentina muerte, el 21 de enero de 2013, acordamos vernos en la primavera en la capital cubana, en el evento que la ADHILAC y la Cátedra Bolivariana estaban organizando en la Casa Benito Juárez de la Oficina del Historiador de Ciudad. Ya no pudo estar. Nos quedamos para siempre sin la presencia física de este querido amigo y singular intelectual de Nuestra América, que irradiaba optimismo y una fidelidad a toda prueba.

Un personaje fuera de serie: el historiador gallego Elixio Villaverde.

Elixio Villaverde García (1954-2018) fue sin duda un hombre irrepetible. Se me presentó en La Habana cuando realizaba sus estudios sobre la inmigración gallega a México. De inmediato hicimos buenas migas, como el mismo relató en *Chacmool*,

cuadernos de trabajo cubano-mexicanos (2003): “Conocí también en aquellos días de julio de 1994 a los coordinadores de esta publicación, al profesor Carlos Bojórquez Urzaiz, con el que intercambié unas breves impresiones acerca de mi investigación en la Universidad Autónoma de Yucatán y unos días antes al Profesor Sergio Guerra Vilaboy, de ascendencia galaica, en La Habana, donde me obsequió con una comida típica cubana que compartí con su esposa e hijas después de una larga faena investigadora en la Biblioteca Nacional José Martí y de varias incursiones por el puerto habanero y por el de Regla entrevistando a marineros gallegos que pescaran toda su vida en Yucatán, desde Campeche a Progreso, de aquí a Isla Mujeres y desde el actual Cancún a Chetumal.”

Desde entonces, Elixio no faltó en los congresos de la Asociación de Historiadores Latinoamericanos y del Caribe (ADHILAC) y los eventos de la Asociación por la Unidad de Nuestra América (AUNA), estos últimos organizadas por Carlos Oliva. Recuerdo su emoción al estar en Caracas (2004) en el Encuentro Mundial de Intelectuales en Defensa de la Humanidad, y su tremenda impresión al encontrarse en persona al presidente Hugo Chávez, a quien calificó de “acojonante”.

Doctor en Historia por la Universidad de Santiago de Compostela, Elixio Villaverde fue profesor en escuelas secundarias de Orense, labor que combinaba con la investigación. Colaboró con *La Voz de Galicia*, *El Ideal Gallego*, *El Correo Galego*, *La Región* y *Excelsior* de México. Publicó artículos en la *Gran Enciclopedia Gallega*, *Olláparo*, *Grial* y *A Trabe de Ouro*. Desde 1973 promovió diversas actividades como presidente de los *Xoves Culturais do Barbanza* (1988-1992). Escribió ensayos y libros, entre ellos: *A Terra de Orzellón e O Irixo*, (1986); *Ramón Martínez López. Pola universalidade de Galicia*, (1992), junto a Xosé Amancio Liñares Giraut; *Heroes e Mártires. A IIª República e a Guerra Civil no Barbanza* (1996); *Pioneiros na corrente do golfo*, *A primeira emigración galega a México (1837-1936)*, editado en 2001, y *Gallegos en México (1878-1936). Inmigración e sociedade no alén mar* (2003).

Elixio nos desbordaba por la pasión que ponía en todos los asuntos en que se involucraba. Con los cubanos fue especialmente solidario. Una vez trajo a La Habana un voluminoso donativo para los niños, sin cumplir ninguno de los requisitos establecidos, teniendo que pasar un día entero, junto a mi yerno Leovanis González y el historiador veracruzano Feliciano García, sorteando los complicados trámites aduaneros. En otra ocasión, cuando junto a Carlos Oliva realizábamos una visita a Coruña, fue nuestro espontáneo anfitrión, organizándonos un agotador programa de conferencias, encuentros, entrevistas, etc. Le rogué nos dejara libre el último día, para poder recorrer con tranquilidad el hermoso centro histórico de Santiago de Compostela. Pese a ello, temprano en la mañana llamó por teléfono para que viéramos en el ayuntamiento, “solo por unos minutos”, a un concejal amigo suyo. A regañadientes fuimos a verlo y lo despachamos rápidamente, pero el edil nos dijo que el alcalde nos esperaba. Resignados, pasamos a un lujoso salón del Palacio Consistorial e intercambiamos palabras con el alcalde de Santiago y, al intentar despedirnos, nos indicó que no podíamos marcharnos todavía, pues estaba convocada una rueda de prensa con la televisión. No en balde al ser develada una placa en su casa natal en O Irixo, donde se le consideraba hijo predilecto, la principal autoridad de esta localidad gallega declarara a la prensa que fue “el vecino más emblemático que ha tenido el pueblo y ha de ser recordado como una persona que hizo mucho por nosotros”.

Roland T. Ely: “el último de los mohicanos”

A fines de los años noventa, Oscar Zanetti me comentó sorprendido que había visto en La Habana, en un congreso de científicos sociales, especialistas en el Caribe, al historiador estadounidense Robert T Ely. Ambos creíamos que había fallecido, pues sus libros más conocidos se habían publicado en Cuba hacía cuatro décadas y desde entonces no sabíamos de su paradero. Me refiero a sus valiosas obras *La economía cubana entre las dos Isabelas, 1492 y 1832* (1959) y *Comerciantes cubanos del siglo*

XIX (1960), editadas en La Habana con prólogos de Julio Le Riverend y Ramiro Guerra respectivamente.

Roland Taylor Ely (1924-2014), nació en Filadelfia, Estados Unidos, en una familia emparentada con uno de los fundadores de Pensilvania. Graduado en la Universidad de Princeton (1946), culminó sus estudios de maestría (1949) y doctorado (1959) en Harvard. Siguiendo la recomendación de uno de sus profesores, se especializó en la historia del azúcar en Cuba, favorecido por la circunstancia de que un pariente suyo – cuyos descendientes le abrieron las puertas de la intelectualidad y la alta sociedad habanera de la década del cincuenta-, había sido propietario de un ingenio en las cercanías de Santiago de Cuba, arruinado durante la Guerra de los Diez Años (1868-1878).

Desde entonces, Ely escudriñó papeles en archivos de Estados Unidos, Cuba y otros países, incluyendo los pertenecientes al comerciante decimonónico cubano Tomás Terry, así como los de Julio Lobo, el principal magnate azucarero de la Mayor de las Antillas en la primera mitad del siglo XX. Como resultado de su enjundiosa labor no sólo salieron sus dos libros ya mencionados, sino también su monumental, *Cuando reinaba su Majestad el azúcar. Estudio histórico-sociológico de una tragedia latinoamericana: el monocultivo en Cuba. Origen y evolución del proceso*, publicada por primera vez en Buenos Aires (1963). Esta obra, que es única en su género y está basada en su tesis doctoral, fue elaborada, como confiesa su propio autor, bajo la influencia del texto paradigmático del brasileño Gilberto Freyre: *Casa Grande y Senzala, Introducción a la historia de la sociedad patriarcal en Brasil* (1934). El libro de Ely fija su atención en la experiencia empresarial del banquero y comerciante estadounidense Moses Taylor –el más importante negociador azucarero entre New York y Cuba en el siglo XIX- y las consecuencias sociológicas de su labor para el proceso productivo, así como para la sociedad y la economía en su conjunto.

El triunfo de la Revolución Cubana acentuó la vocación latinoamericanista de Ely y su compromiso con los pueblos de Nuestra América. En abril de 1959, cuando Fidel Castro visitó durante dos días la Universidad de Princeton en New Jersey, estuvo entre los organizadores de su programa académico, que incluía la conferencia inaugural del entonces primer ministro cubano en el seminario “The United States and the revolutionary spirit”, a quien además hospedó en su propia casa. Fue también profesor en las universidades de Rutgers y Northern Illinois. Gracias a la obtención de la beca Fullbright pudo recorrer varios países del continente, así como de Europa y Asia, donde ofreció conferencias y cursos. En los últimos años de su vida se radicó en Mérida (Venezuela), donde fue docente en la Universidad de Los Andes, que le otorgó la condición de Profesor Emérito. Además, fue Investigador Asociado en el Instituto Venezolano de Estudios Sociales y Políticos de Caracas.

En los primeros años de este siglo fue un visitante habitual en la Universidad de La Habana, donde muchas veces conversamos. En una ocasión, en señal de amistad, me obsequió un par de monedas antiguas de Estados Unidos, que conservo en mi estudio, junto a la edición cubana de *Cuando reinaba su majestad el azúcar* (2001) que me firmó como “el último de los mohicanos”, pues se consideraba “el sobreviviente solitario” de los investigadores sobre la plantación azucarera cubana “y el único extranjero”. Esa nueva edición empastada de su ya clásica obra, purgada de numerosos errores de traducción –corregidos con la ayuda de su esposa Usha Bali- y con prólogo de Eduardo Torres Cuevas, lleva impresa la siguiente dedicatoria: “Al pueblo de Cuba, con toda la devoción de un sincero estudioso que ha dedicado la mayor parte de su vida al mejor entendimiento interamericano. R.T.E.”

Otto Morales Benítez y su visión de Indoamérica

Cuando mis hijas eran pequeñas y el cartero traía un abultado paquete ellas decían, casi a coro, que eran libros de Otto Morales Benítez (1920-2015). Este prolífero intelectual colombiano escribió casi doscientos libros, entre ellos: *Estudios Críticos* (1948); *Testimonio de un pueblo* (1951); *Revolución y caudillos* (1957); *El pensamiento social de Uribe Uribe* (1960); *Muchedumbres y banderas: luchas por la libertad* (1962); *Aguja de Marear, notas críticas* (1979), *Derecho agrario y otros temas de la tierra* (1981); *Reflexiones sobre el periodismo colombiano* (1982); *Cátedra caldense* (1984); *Propuesta para examinar la historia con criterios indoamericanos* (1987); *El maestro Arciniegas: emancipador cultural del continente* (1990); *Iconografía y fragmentos de prosas* (1995); *Sendero histórico y humanístico de Alberto Lleras* (2006); *Derecho precolombino: raíz del nacional y del continental* (2007); *Lo socioeconómico y lo popular en la independencia* (2010) y *Eduardo Santos: apuntes para una biografía política* (2015).

Desde principios de los años ochenta comencé a cartearme regularmente con este distinguido escritor y político colombiano con quien me conectó mi amigo y maestro Francisco Pividal, cuando preparaba mi tesis doctoral sobre la revolución de los artesanos en Bogotá (1849-1854). Muy gentilmente, Morales Benítez accedió a enviarme material sobre el tema y en el 2000 publicó mi texto en gruesa edición empastada, en la Colección 30 Años de la Universidad Central de Bogotá que estaba a su cargo, junto con otro libro de mi autoría: *El dilema de la independencia*. A ambas obras les hizo un solo y extenso prólogo que ese mismo año editó como libro independiente con el título de *Luchas populares, prelación y enseñanzas de la historia en Indoamérica*.

Otto Morales Benítez, nacido el 7 de agosto de 1920 en Caldas, fue un destacado jurista, escritor, periodista, y político colombiano. Graduado en 1944 en la Universidad Pontificia Bolivariana, impartió docencia de Derecho Laboral, Administrativo, Internacional, Agrario y Público, así como de Sociología y Literatura, en las universidades del Externado, América y Libre de Bogotá. También estuvo al frente del influyente periódico *El Colombiano* de Medellín, fue senador por el departamento de Caldas, diputado en la Asamblea Departamental de Caldas y representante a la Cámara, así como candidato a la presidencia de Colombia por el Partido Liberal.

Desde 1948 perteneció a la comisión nacional investigadora de las causas de la violencia y durante diez años recorrió el país y contactó con diferentes grupos guerrilleros para intentar conseguir la pacificación. Durante el gobierno de Alberto Lleras Camargo, de 1958 a 1962, Morales desempeñó las carteras de Trabajo y de Agricultura, Ministerio este último desde el que defendió la reforma agraria ante el congreso nacional. A lo largo de su extensa vida recibió numerosos reconocimientos entre ellos los de Profesor Honoris Causa de la Universidad Colegio Mayor de San Marcos en Lima, y de Doctor Honoris Causa de las universidades del Centro de Perú y la Central de Colombia. Además, fue miembro de las academias colombianas de la Lengua, de la Historia y de la de Jurisprudencia.

Pude reciprocarme algunas de sus muchas atenciones cuando participó como invitado especial en el IX Encuentro Internacional de la Asociación de Historiadores Latinoamericanos y del Caribe (ADHILAC), celebrado en la Quinta de San Pedro Alejandrino, en Santa Marta, Colombia, donde murió Simón Bolívar. En esa ocasión, Otto Morales Benítez, cercano ya los noventa años de edad, recibió la condición de Miembro de Honor de la ADHILAC y pronunció, el 25 de mayo de 2010, la

conferencia magistral inaugural sobre la realidad y el destino de Nuestra América, convirtiéndose en el centro de atención de todos los participantes por sus amplios conocimientos y buen humor.

Gira académica con Richard Alan White

A fines de los setenta cayó en mis manos un libro inédito que poseía la Casa de las Américas, fechado en 1976, titulado *La primera revolución popular en América, Paraguay (1810-1840)* del historiador estadounidense Richard Alan White (1944-2016). La obra me impresionó, pues revalorizaba la figura del prócer paraguayo José Gaspar de Francia, vilipendiado por la historiografía liberal positivista.

Después supe que su autor había sido alumno de Lewis Hanke, quien lo animó a especializarse en ese tema para su tesis doctoral. Gracias a becas de las fundaciones Woodrow Wilson y Fulbright-Hays, White pudo revisar archivos en España, Argentina y Brasil, así como en el lúgubre Paraguay de Stroessner. En la tierra guaraní, además de desarrollar su investigación, el historiador norteamericano ayudó a muchos perseguidos por la sangrienta dictadura que lo creía un diplomático de Estados Unidos. Soy testigo del agradecimiento que le profesan desde entonces muchos paraguayos, que lo iban a saludar al Hotel donde nos alojábamos en Asunción.

Doctorado en la Universidad de California, en Los Ángeles, Richard Alan fue después profesor en dos universidades californianas, colaborador del gobierno de Jimmy Carter, cuando visitó Cuba, y más tarde miembro de Amnistía Internacional. Su libro es considerado un clásico y después de su edición por la revista *Estudios Paraguayos*, de la Universidad Católica de Asunción, se convirtió en el único miembro extranjero del Instituto de Investigaciones Históricas Dr. José Gaspar de Francia. Su infinita

generosidad lo llevó a donar a Paraguay la documentación recopilada –fotocopiada o digitalizada-, extraída del país tras por los invasores tras la mortífera Guerra de la Triple Alianza (1864-1870).

Nos conocimos al llegar a Paraguay a fines de febrero de 2011, invitados por el gobierno de Fernando Lugo. Nuestro anfitrión era el consejero de Administración de Itaipú, exsenador y líder del Partido Liberal Radical Auténtico, Domingo Laino, figura emblemática de la lucha contra la dictadura de Stroessner, también con una obra significativa sobre el doctor Francia. Además de nosotros dos, también estaba convidado el prestigioso historiador argentino León Pomer, muy conocido por su extraordinario libro revisionista: *Guerra del Paraguay Gran Negocio!* (1968). Los cuatro íbamos a disertar y debatir sobre la controvertida personalidad del fundador del Paraguay en el bicentenario de su independencia.

El debut del singular cuarteto de historiadores fue el 1 de marzo en una céntrica plaza de Asunción, frente a la Casa de la Independencia, por la conmemoración nacional del *día de los héroes*, en presencia de una gran concurrencia, la televisión nacional y extranjera, así como del propio presidente Fernando Lugo. Al día siguiente, tras un intento frustrado por el mal tiempo de viajar a Cerro Corá, a la ceremonia por la caída en combate del mariscal Francisco Solano López, almorzamos con el propio mandatario paraguayo en la residencia presidencial de *Mburuvicha Róga*. Como parte del intenso programa, viajamos en avioneta fuera de la capital, lo que nos permitió, además de hablar en centros de educación y otras instituciones, conocer las ruinas de las misiones jesuitas, las impresionantes cataratas de Iguazú y la monumental hidroeléctrica de Itaipú, así como recorrer Encarnación de Itapúa y Ciudad del Este.

Casi al finalizar la gira académica, ofrecimos una conferencia de prensa que debía cerrar después de White, quien entusiasmado no paraba de hablar. Laino me hizo una seña para que mi intervención fuera breve, por lo que me limite a decir que no me quedaba tiempo, pero que podían palpar las consecuencias del boqueo norteamericano

a Cuba, inesperada broma que provocó la risa de los asistentes. Richard Alan White, a quien todavía alcance a ver otra vez en Asunción, en un congreso de la Asociación de Historiadores Latinoamericanos y del Caribe (ADHILAC) donde ofreció una conferencia magistral, falleció el 6 de julio de 2016 en su residencia de Maryland, y sus cenizas fueron trasladadas al Paraguay, país al que estaba unida su vida y su obra.

Halperin y su sugerente historia latinoamericana

Uno de los libros que más me ha impresionado es la *Historia Contemporánea de América Latina* (1969) –aparecida dos años antes en italiano- del historiador argentino Tulio Halperin Dongui. En 1971, cuando cursaba la carrera de Historia en la Universidad de La Habana, debí dar clases de Historia de América. Los libros a los que entonces tenía acceso eran muy descriptivos, como los manuales del chileno Diego Barros Arana o del peruano Luis Alberto Sánchez, que contaban la historia como una simple sucesión de acontecimientos políticos desordenados, atiborrados de nombres y fechas, sin interpretación. Un día, revisando la biblioteca de la Casa de las Américas, me topé con este extraordinario libro de Halperin, entonces recién publicado, y a cuyo autor sólo conocería muchos años después. Su lectura me atrapó, a pesar de su enrevesada prosa, revelándome otra visión de la historia latinoamericana, muy original, pues comparaba procesos y combinaba hechos políticos con los socioeconómicos. Desde entonces no he dejado de recomendarlo a mis estudiantes.

Tulio Halperin Donghi (1926-2014), natural de La Plata (Argentina), se graduó en el Colegio Nacional (1944) y en la Universidad Nacional de Buenos Aires, centros educativos donde se tituló en Derecho, Filosofía y Letras, así como de doctor en Historia (1955). Con posterioridad, cursó posgrados en París y Turín, que le

permitieron profundizar en las concepciones teóricas y metodológicas de la llamada nueva historia.

Ejerció la docencia en las universidades de la Plata y en la de Buenos Aires, en la que fue catedrático entre 1960 y 1966. También estuvo de decano de la Facultad de Humanidades y Artes de la Universidad Nacional de Rosario y se desempeñó como responsable de la Biblioteca del Pensamiento Argentino de la Editorial Ariel. Opuesto a la dictadura del general Juan Carlos Onganía (1966-1970), tuvo que exiliarse en los Estados Unidos (1967), donde ofreció cursos en Harvard y San Andrés hasta que desde 1971 fue contratado como docente en Berkeley (California), donde recibiría la condición de Profesor Emérito. En 1994 y 2004 obtuvo sendos Premios Konex de Platino en Historia y en 2014 la Mención Especial por su honrosa trayectoria en los mismos..

En su amplísima producción historiográfica no puedo dejar de mencionar *El pensamiento de Echeverría* (1951); *Tradición política española e ideología revolucionaria de Mayo* (1961); *El revisionismo histórico argentino* (1970); *Revolución y Guerra. Formación de una elite dirigente en la Argentina criolla* (1972); *El ocaso del orden colonial en Hispanoamérica* (1978); *El ocaso de la Nación Argentina: El Peronismo bajo la lupa* (1985); *De la revolución de la independencia a la confederación rosista* (1987); *La larga agonía de la Argentina peronista* (1994); *Argentina en el callejón* (1995); *Proyecto y construcción de una Nación* (1996); *Argentina y la tormenta del mundo*. (2000); *La República imposible, 1930-1945* (2004); *Son memorias* (2008) y *El enigma Belgrano: Un héroe para nuestro tiempo* (2014).

Tuve la oportunidad de compartir con Tulio Halperin, ya octogenario, a principios de julio de 2010, durante las sesiones del congreso “Entre Imperio e Naciones: Iberoamérica e o Caribe ao redor de 1810”, organizado por Pilar Cagiao en la Coruña (Galicia, España), con el apoyo de la Universidad de Santiago de Compostela y la Cátedra Juana

de Vega. En uno de los intermedios nos sentamos a conversar y le confesé mi admiración por su *Historia Contemporánea de América Latina*, que había publicado en Cuba sin su consentimiento en Edición Revolucionaria (1990). Se manifestó complacido con lo que había hecho y me contó que ese había sido el motivo del viaje que había realizado hacia muy poco a Cuba, en busca de un ejemplar de su propio libro, ocasión que aprovecho para encontrarse en Casa de las Américas con Roberto Fernández Retamar. Cuando falleció, cuatro años después, un periódico español sacó este comentario que comparto: “Pocas veces en la Argentina de hoy se da un consenso tan unánime en torno a una persona, viva o muerta. El historiador Tulio Halperin Donghi, antiperonista de toda la vida, falleció a los 88 años el pasado viernes en Berkeley (California) entre el reconocimiento y la admiración de sus compatriotas de todo signo político.”

El último libro de Jorge Ibarra.

Jorge Ibarra Cuesta (1931-2017), fue uno de los más prestigiosos historiadores del periodo de la Revolución Cubana. Incorporado a la lucha contra la dictadura de Batista en la Universidad de Oriente, en la que desde 1953 presidía la Federación de Estudiantes Universitarios (FEU), debió exiliarse en Costa Rica, Estados Unidos y México. En Veracruz se entrenó con otros cubanos para incorporarse a la lucha armada en la Sierra Maestra, como recoge el investigador mexicano Bernardo García Díaz en *De la Huasteca a Cuba, la otra expedición revolucionaria (1957-1958)*, publicado en Xalapa en 2008

Cuando ingresé a la Universidad el nombre de Jorge Ibarra era muy conocido por sus encendidas polémicas, como la sostenida con el historiador polaco Tadeusz Lepkowski, y dos impresionantes primeros libros: *Ideología mambisa* (1967) y el *Manual de Historia de Cuba* (1968), este último publicado con la firma del Ministerio de las Fuerzas Armadas Revolucionarias donde entonces laboraba. Graduado de

abogado y más tarde con doctorado en Historia, Ibarra estuvo alejado de las aulas universitarias contra su voluntad, pues algunos lo consideraban un marxista demasiado heterodoxo. Trabajó también en el Consejo Nacional de Cultura, en la televisión, la Academia de Ciencias, el Instituto de Historia y fue un activo miembro de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC), donde defendió con vehemencia los intereses gremiales de los historiadores.

Jorge Ibarra hizo muchas aportaciones historiográficas, caracterizadas por su carácter renovador, rigor metodológico, profundidad analítica y compromiso revolucionario, entre ellas *Aproximaciones a Clío* (1979); *Nación y cultura nacional* (1981); *Un análisis sicosocial del cubano: 1898-1925* (1985); *Cuba: 1898-1921, partidos políticos y clases sociales* (1993); *Cuba: 1898-1958, estructuras y procesos sociales* (1996); *Máximo Gómez contra el Imperio* (2000); *Varela, el precursor. Un estudio de época* (2004); *Patria, etnia y nación* (2007); *Marx y los historiadores ante la hacienda y la plantación esclavista* (2008); *Encrucijadas de la guerra prolongada* (2012) y *De súbitos a ciudadanos (siglos XVII-XIX): el proceso de formación de las comunidades criollas del Caribe hispano (Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo)*, en tres tomos, editados en República Dominicana entre 2012 y 2015. En el 2009 se le dedicó la Feria Internacional de Libro en La Habana, ocasión en que algunas de sus obras fueron reeditadas.

Lo conocí a través del común amigo Luis Clergé, su compañero de luchas en Santiago de Cuba, quien contribuyó a disipar malos entendidos. En 1987 fuimos ponentes en una sesión científica conjunta de los departamentos de Historia de la Universidad de La Habana y luego compartimos en eventos de la Asociación de Historiadores Latinoamericanos y del Caribe (ADHILAC) en Querétaro (1994) y Santo Domingo (2010). La propia ADHILAC, que tuvo a Ibarra entre sus primeros miembros de honor,

le dedicó un sentido homenaje por sus setenta años y el elogio estuvo a cargo de Antonio Gaztambide de Puerto Rico. Más tarde me brindó todo su apoyo para enfrentar las pretensiones inquisidoras de cierto personaje y que están en el trasfondo de la reaparición de la Academia de la Historia de Cuba (2010). En el grupo fundador de esa institución discrepamos mucho, aunque sin lacerar el respeto y la amistad, foro donde en una ocasión, durante una conferencia magistral suya, hizo elogios públicos de *Jugar con Fuego*, un libro de mi autoría que me abrumaron.

Su última obra nació en mi casa, donde Ibarra se me apareció un domingo indignado con un reciente libro de un historiador español sobre Simón Bolívar. Esa mañana, a principios de 2015, decidió dejar a un lado la investigación que realizaba para entregarse por completo al restablecimiento de la verdad histórica sobre dos aspectos controvertidos relacionados con el *Libertador*: el arresto de Francisco de Miranda en 1812 y el decreto de Guerra a Muerte de 1813. Ese es el origen de *Simón Bolívar, entre Escila y Caribdis*, publicado post mortem en 2018 por la Universidad del Magdalena (Colombia), obra enjundiosa, comprometida y oportuna, que constituye su postrero aporte a la historiografía, de los tantos que hizo a lo largo de su fructífera vida intelectual, Jorge Ibarra Cuesta.

Nuez, el caricaturista de la Revolución

A René de la Nuez (1937-2015) casi todos lo conocimos como caricaturista: los más viejos desde su inolvidable personaje de *El Loquito* y los más jóvenes, por aquellos trazos magistrales frente a las cámaras de la televisión, que pintaba en vivo, para los niños, muy temprano en *La Revista de la Mañana*. Sus primeros dibujos aparecieron en *Zig Zag* cuando sólo tenía dieciocho años, contratado por su director, impresionado con una prueba a que lo había sometido. Le había pedido dibujara una caricatura con la noticia de la nacionalización del Canal de Suez, que Nuez hizo con la figura del

entonces primer ministro inglés Anthony Eden, sentado frente a un televisor que sólo tenía rayitas y el texto: "He perdido el canal". "Venga todas las semanas y haga una caricatura", le dijo.

Fue precisamente en ese popular semanario humorístico donde se hizo famoso su personaje de *El Loquito*, que sirvió para desenmascarar, con un lenguaje en clave, la sanguinaria dictadura de Batista, a la que se enfrentó desde el Movimiento 26 de Julio. Desde entonces, decenas de miles de sus caricaturas salieron casi diariamente en los principales periódicos y revistas cubanas, entre ellos *Revolución*, *Granma*, *Bohemia*, *Trabajadores*, *Palante* –que dirigió un tiempo–, *La Calle*, *La Tarde*, *Juventud Rebelde*, *Orbe* y *La Jiribilla*. Durante tres décadas, prácticamente hasta su jubilación, Nuez fue el principal caricaturista de la prensa cubana.

No es posible imaginar una etapa de la historia contemporánea de Cuba en la que Nuez no haya estado presente con sus imaginativos dibujos. De su mano mágica salieron otros personajes, entre ellos *Don Cizaño*, en lucha contra la prensa reaccionaria a principios de los sesenta o *Mogollón*, al calor de las campañas contra la vagancia. Su clásico *El Barbudo*, con arma en ristre, se asocia en todas partes a la Revolución Cubana y fue concebido por Nuez como contrafigura de *Liborio* –el campesino famélico, doblegado por el Tío Sam, habitual en los periódicos de principios del siglo XX– y que el propio comandante Fidel Castro mencionara en memorable discurso un primero de mayo frente a un millón de cubanos en la Plaza de la Revolución.

Fundador en 1961 de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC), de la que fue vicepresidente, también sobresalió en la dirección de la Unión de Periodistas de Cuba (UPEC). Bajo su impronta se creó la Bial del Humor de San Antonio de los Baños (Cuba), que hoy tiene como logos a *El Barbudo* de Nuez y al *Bobo* de Eduardo Abela, pues ambos artistas nacieron en esa población al sur de La Habana.

Obtuvo más de cien premios nacionales y extranjeros. En España fue galardonado como Profesor Honorífico de la Cátedra de Humor de la Universidad Alcalá de Henares y se le entregó la Medalla de Oro de la Bienal de Humor Gráfico en Castilla. Por tres lustros, el periódico *Por Esto!* de Yucatán (México) sacó diariamente varios de sus trabajos, enviados por internet desde su apartamento en La Habana. Llegó a ser considerado por la UNESCO uno de los mejores caricaturistas del mundo, con más de cien mil dibujos difundidos en los cinco continentes. Además, publicó una veintena de libros, entre ellos: *No hay deuda que dure cien años ni América que la resista*; *Cuba Sí*; *Allí Fumé*; *El Señor de la Guerra*; *Cuba 25*; *Una nube de ideas*; el *Humor Nuez-tro de cada día*; *Satirichacha y otras chacharas*; *La piedra en el camino*; *Los monstruos de la globalización neoliberal*; *Cubabici, La aldea global, dibujos de humor amargo – con prólogo mío-*; *El libro del Yo*; *En un lugar de la tinta*; *El Loquito: (re) visiones y Havana Auto de Fé*, dedicado a la crisis económica que afectó a la Isla tras la caída del Muro de Berlín.

Una parte apreciable de la producción artística de René de la Nuez se enfiló en otra dirección, revelada al público en 1986 en una exposición de sesenta cuadros suyos, denominada “Concierto Baroco”, inaugurada por Gabriel García Márquez en el Museo Nacional de Bellas Artes de La Habana, luego exhibida en Caracas, Barcelona, París, Galicia y Alcalá de Henares. En esta última localidad, presentó también “Humor habano”, cuyo catálogo fue redactado por el escritor español Manuel Vázquez Montalbán, contentiva de sus originales cuadros costumbristas al que incorporó antiguas etiquetas y viejas anillas de tabacos.

Fueron muchas las exposiciones de Nuez, pero destacan la retrospectiva de su obra en la Casa de la Cultura de Lérida y en el Colegio de Periodistas en Barcelona, ambas en España; la dedicada al tema de los almendrones, viejos autos que recorren las calles de La Habana; la titulada *¿!Loco yo?!*, en homenaje al cincuenta aniversario del nacimiento de *El Loquito*, ambas exhibidas en conocidas galerías de la capital cubana,

y la que tuvo por escenario el lobby del Hotel Inglaterra, donde, a petición suya, tuve el privilegio de decir las palabras inaugurales. Nuez también me pidió presentara otra muestra suya, *Chacmoles en La Habana*, exhibida en la Casa del Benemérito de las Américas Benito Juárez, compuesta de catorce dibujos, cuatro de ellos concebidos para esta ocasión, inspirados en la mítica figura maya y su misteriosa conexión con José Martí, uno de cuyos cuadros obsequió a Ilé, la hija de mi hija Iliana.

Por toda esta vastísima producción de alto vuelo y trascendencia, Nuez recibió el Premio Nacional de Artes Plásticas y el de Humorismo en 2007 y 2008 respectivamente. En reconocimiento al lugar cimero alcanzado en la cultura cubana, es considerado una figura emblemática de la caricatura cubana, del mismo modo que lo son Silvio Rodríguez en la canción, Alicia Alonso en el ballet y Eusebio Leal en la historia. La última vez que hablamos estaba muy grave en un hospital, aquejado del síndrome de Guillain-Barre, lo que no impidió me dijera con su especial sentido del humor, sacando lascas a su delicada situación, que le habían diagnosticado un Nicolás Guillén, en alusión al poeta nacional de Cuba. Al recordar al entrañable amigo y genial artista revolucionario, con quien estuve en las malas y en las buenas, lo hago con el orgullo de que me considerara, como me puso en una sentida dedicatoria: “un hijo nuevo que me ha salido del corazón”.

Los aportes de Alejandro García a la historia de Cuba

El historiador cubano Alejandro García Álvarez (1932-2020), hizo relevantes aportes al estudio del devenir económico de Cuba, en particular los vínculos con España, la presencia del capital estadounidense, el papel de los empresarios nacionales y el negocio del banano. Uno de sus primeros textos, *El canal occidente*, editado por la Universidad de La Habana (1972), sacó a la luz los poco conocidos planes de la dictadura de Batista para partir la isla en dos. Este trabajo suyo antecedió al diseño con

Oscar Zanetti de un proyecto multifacético de investigación, pionero de la historia empresarial en América Latina, sobre la United Fruit Company en Cuba, aprovechando la papelería abandonada por el monopolio tras su expropiación en agosto de 1960.

Tuve la suerte de pertenecer al grupo de estudiantes de Historia que trabajamos donde operaba la compañía en Banes y Nipe, proporcionando el material que usaron Alejandro y Zanetti en la redacción del libro *United Fruit Company: un caso del dominio imperialista en Cuba* (1976). Lo había conocido en 1968, cuando ingresé en la carrera y él terminaba su último año de convalidación para los graduados de la especialidad de Historia del Instituto Pedagógico Enrique José Varona. Ya acumulaba una experiencia docente en la enseñanza secundaria y laboral en el campo de la contabilidad: se había graduado en 1952 en la Escuela de Comercio de Matanzas, aunque no pudo concluir Ciencias Comerciales por el cierre de la Universidad de La Habana (1956).

Existe una foto suya, de los años sesenta, en el Instituto Preuniversitario de Marianao, del que llegó a ser director, hablando a los alumnos en el anfiteatro, vestido de miliciano y con pistola al cinto, muestra de un compromiso político del que ya había dado pruebas al sumarse a la huelga del 9 de abril de 1958 y sufrir prisión en el siniestro Castillo del Príncipe. Fue precisamente en una escuela de milicias en Aguacate, en diciembre de 1968, donde se inició nuestra amistad, después que lo amonesté, en mi condición de improvisado jefe de pelotón, por moverse en formación, anécdota que siempre me recordaba con malicia cuando quería bromear conmigo.

Terminada la investigación de la United Fruit, Alejandro y Zanetti, ya hermanos como historiadores, emprendieron otro estudio memorable, ahora sobre la historia de los ferrocarriles en Cuba, apoyados por otro equipo de estudiantes. Favorecidos por la experiencia acumulada en el estudio de empresas, elaboraron un clásico de la historiografía cubana, *Caminos para el azúcar* (1987), obra que obtuviera el importante lauro Elsa Gouveia, de la Asociación de Historiadores del Caribe.

Gracias a sus conocimientos empíricos, así como de su amplia labor de profesor universitario desde 1970, en las asignaturas de Demografía, Metodología de la Investigación Histórica, Estadística Aplicada, Historia Socio-Económica de Cuba, Museología y Patrimonio Histórico, pudo elaborar singulares textos docentes, uno de ellos precursor de la historia oral en Cuba, incluido después en *Metodología de la Investigación Histórica* (1985), obra en coautoría con Aleida Plasencia y el propio Oscar Zanetti.

En 1990 publicó su libro *La gran burguesía comercial en Cuba 1899-1920*, fruto de su tesis doctoral, sustentada en fuentes de archivo, sobre el dinámico grupo empresarial hispano-cubano a principios del siglo XX y que mereciera el Premio de la Crítica. A ella siguieron *La costa cubana del guineo. Una historia bananera* (2008); *Economía y colonia. La economía cubana y la relación con España, 1765-1902*, (2004) y *El legado de España en Cuba*, (2015), en colaboración con Antonio Santamaría y Juan Andrés Blanco respectivamente. A ellos hay que agregar más de un centenar de rigurosos artículos y ensayos publicados en revistas nacionales y extranjeras –como su estudio del henequén, editado en el número inaugural de *Chacmool*, cuadernos cubano-mexicanos (2003)-, así como un libro inédito dedicado a Matanzas, su ciudad natal, titulado con el nombre de la calle donde residiera en su juventud: *Veinte años en La Merced*.

Por su valiosa producción historiográfica y un magisterio ejemplar, Alejandro García recibió el título de Profesor Emérito de la Universidad de La Habana, la condición de Miembro de Honor de la Asociación de Historiadores Latinoamericanos y del Caribe (ADHILAC) y de Número de la Academia de la Historia de Cuba. En su última entrevista, a principios de este año, al recibir el muy merecido Premio Nacional de Historia, este gran amigo que se ha ido, relevante historiador y excepcional ser humano, dijo haciendo gala de su habitual sencillez: “Para mi ser historiador es mi propia vida”.

Jorge Núñez, el primero de los historiadores ecuatorianos

Fue en 1981, en la entrada del Hotel Riviera de La Habana, cuando conocí a Jorge Núñez Sánchez (1947-2020). Me lo presentó el historiador cubano Francisco Pividal, amigo común. Ambos acababan de ser electos máximas autoridades de la Asociación de Historiadores Latinoamericanos y del Caribe (ADHILAC). Su nombre no me era desconocido, pues leía todas las semanas sus magníficos artículos en la revista ecuatoriana *Nueva*, dedicados a las relaciones de América Latina y los Estados Unidos, que después saliera como separata de esa publicación.

Fue de las figuras centrales en el IV Encuentro Internacional de ADHILAC en Bayamo (Cuba) en 1983, que reunió a casi dos centenares de historiadores de todo el continente. En un descanso en las largas sesiones de trabajo de este cónclave, Juan Paz y Miño nos tomó una foto, sentados al borde de la piscina, en compañía de Oscar Zanetti, Enrique Ayala y Leonardo Espinosa, que muestra la confraternidad reinante entre historiadores cubanos y ecuatorianos, grupo en el que Jorge sobresalía con sus ocurrentes bromas.

Historiador, antropólogo, periodista y profesor universitario, fue secretario ejecutivo de la ADHILAC durante toda la década del ochenta y su presidente entre 1990 y 1994. Durante su fructífera gestión se alcanzaron notables éxitos, entre ellos la edición en 1991 de ocho tomos con las mejores ponencias de todos los anteriores congresos. En reconocimiento a su brillante gestión, en el IX Encuentro Internacional de esta asociación, celebrado en Santa Marta (Colombia) en 2010, fue aclamado como presidente de Honor.

Jorge Núñez fue también subsecretario de Cultura del Ecuador y presidente del Consejo Nacional de Cultura, entre 1988 y 1990, así como coordinador para el Área Andina de la Sociedad Latinoamericana de Historia de las Ideas (SOLAR). Era miembro correspondiente de las academias de historia de Cuba, Colombia, España, Perú,

Nicaragua, Paraguay y, hasta poco antes de su fallecimiento, director de la ecuatoriana. Durante años fue profesor principal y jefe de la Cátedra de Historia de América Latina en la Universidad Central del Ecuador; jefe de sección en la Casa de la Cultura Ecuatoriana y de la Revista *Anales* de la Universidad Central.

Publicó varias decenas de ensayos y más de medio centenar de libros, entre ellos *Mito de la Independencia* (1976); *La historia de los partidos políticos del Ecuador* (1979); *La Guerra sin fin: Estados Unidos vs América Latina* (1980); *La conciencia histórica de Andrés Bello* (1989); *Hacia una teoría latinoamericana de la Historia* (1992); *El país del mediodía* (1993); *La Historiografía ecuatoriana contemporánea* (1994); *La defensa del país de Quito* (1999); *Un hombre llamado Simón Bolívar* (1999); *Una fiesta popular andina* (2003); *El Ecuador en la Historia* (2016) –cuyo prólogo me encargó- y *Nuestra América, prolegómenos para una historia continental* (2020).

Fui testigo de su ascendente carrera profesional, que lo convirtieron en uno de los más prestigiosos historiadores de Ecuador y de toda América Latina, como reconociera el presidente Rafael Correa cuando en 2010 le entregara personalmente el Premio Nacional Eugenio Espejo, la máxima condecoración del país. Recibió más de una decena de reconocimientos y premios, entre ellos la Gran Cruz Excelencia Académica de la Academia Hispanoamericana de Letras y Ciencias (2003), la Orden Nacional al Mérito, en el grado de Comendador, del Ecuador (2007) y el Gran Collar “Federico González Suárez”, de la ciudad de Quito (2008). En 2012 tuvo a su cargo, en el Aula Magna del Colegio San Gerónimo de la Universidad de La Habana, el discurso de recepción a nombre de los primeros Correspondientes Extranjeros de la Academia de la Historia de Cuba.

Una de las características que más admiré de Jorge, fue su sensibilidad con los maestros, que advertí en su trato con Pividal o cuando fuimos a rendir tributo, en su residencia en Mendoza, al filósofo argentino Arturo Andrés Roig, también miembro de honor de la ADHILAC. Estuvo por última vez en La Habana en 2018, con el

propósito de entregar personalmente la condición de miembros correspondientes de la Academia de la Historia del Ecuador a tres colegas cubanos. Compartí con Jorge Núñez en 2019 en Quito, en el sentido homenaje que su propia Academia le rindiera, colmado de personalidades nacionales y extranjeras, a quien, por su calibre científico y su compromiso militante con las mejores causas de Nuestra América, fuera el primero de los historiadores ecuatorianos

Un historiados excepcional: Eusebio Leal

Quero cerrar este libro dedicado a mis inolvidables maestros y amigos con un hombre excepcional, Eusebio Leal Spengler (1942-2020). La primera vez que escuché su nombre, como le conté una vez, fue en un Consejo de Dirección de la desaparecida Escuela de Historia en 1975, que debatía su admisión a la carrera en los recién creados cursos nocturnos para trabajadores. Aunque carecía de título de bachiller, venía avalado con valiosas recomendaciones por su labor como director del Museo de la Ciudad de La Habana, entre ellas de Raúl Roa y Juan Marinello.

De familia muy pobre, tuvo que trabajar desde niño para ayudar a su madre, a la que idolatraba. Al triunfo de la Revolución, leyó en un periódico que su padre, de igual nombre, al servicio de la dictadura de Batista, había huido del país. Católico y de formación autodidacta, con apenas dieciséis años comenzó a laborar en el gobierno municipal y alcanzó el sexto grado (1959), apoyado por el historiador de La Habana Emilio Roig Leuchsenring. En 1967, tres años después del fallecimiento de su mentor, lo sustituyó en ese cargo, pese a la reticencia de algunas figuras del gremio.

En 1975 matriculó la Licenciatura en Historia, en un grupo muy numeroso al que di clases, en el que se distinguía, vestido siempre de gris, por no tomar notas, de lo que se encargaba Raida Mara, sentada al lado y durante mucho tiempo su ayudante en la

Oficina del Historiador. Mucho después de graduado, tuve la oportunidad de pertenecer al tribunal de su erudita disertación doctoral (1997) con *El diario perdido de Céspedes* y la reconstrucción de La Habana Vieja. Su primer logro profesional había sido la restauración del antiguo Palacio de los Capitanes Generales, seguido desde 1981 de parte del centro histórico y sus fortalezas, en un proyecto integral que promovía en su popular programa de televisión *Andar La Habana*. Recuerdo su satisfacción cuando renació la primera calle hasta el mar y la urbe fue declarada Patrimonio de la Humanidad (1982). A continuación, consiguió comprometer al presidente Fidel Castro con su causa, quien una madrugada –para sortear cualquier oposición- firmó un decreto otorgando plenas facultades a la Oficina del Historiador a su cargo.

En 1987 fuimos los dos únicos cubanos en el I Seminario Internacional de Historia Latinoamericana" en Perú. En un inmenso salón repleto de ponentes, público y prensa, pidió a los organizadores mencionar el XX aniversario de la caída del Che en Bolivia. Rechazada la propuesta, al hacer uso de la palabra, echó a un lado su ponencia original e improvisó una conferencia magistral sobre el guerrillero argentino cerrada con una ovación. El revuelo obligó a un receso para calmar a los asistentes encendidos por su elocuencia. Fue en esos mismos días que me hizo recorrer Lima, arrastrándome a una antigua iglesia, abierta por un sorprendido párroco a dos supuestos sacerdotes centroamericanos en peregrinación. También allí me regaló su primer libro, *Regresar en el tiempo* (1986), en el que estampó, aludiendo a que su hijo Javier era entonces mi alumno, “Para el Amigo que ha enseñado a dos generaciones de Leales”.

Además de esta obra, y de muchos ensayos, artículos y prólogos –como el de *La Habana-Veracruz, las dos orillas*, (2002) que coordiné con el profesor mexicano Bernardo García- Eusebio Leal fue autor, entre otros libros, de *Detén el paso caminante; Verba Volant; Fiñes, La Luz sobre el Espejo, Poesía y Palabra, Para no Olvidar, Fundada Esperanza, Patria Amada, Legado y Memoria, Hijo de mi Tiempo y Aeterna Sapien*, lo que explica que se le dedicara la Feria Internacional del Libro de la Habana (2018).

Para la Asociación de Historiadores Latinoamericanos y del Caribe (ADHILAC), de la que era miembro de Honor, fue un verdadero mecenas. Puso la Casa Benito Juárez, su segunda gran obra restaurada en La Habana Vieja, como sede permanente, abriendo siempre los coloquios con su impresionante verbo. También dio entusiasta respaldo a *Chacmool*, *Cuadernos de Trabajo Cubano-Mexicanos*, revista editada por el historiador yucateco Carlos Bojórquez y el autor de este libro, cuyo Consejo Asesor integraba desde su fundación (2003), acompañándonos en todas las presentaciones.

Otra obra suya fue la refundación de la Academia de la Historia de Cuba en 2010, sobre las cenizas de un problema fabricado por su sucesor en la Presidencia de la Unión Nacional de Historiadores de Cuba (UNIHC), después de resistir los ataques de que fue víctima por restituir estatuas y placas de personalidades históricas controvertidas. Lamentablemente, no logramos restablecer la Facultad de Historia en la Universidad de La Habana, que incluiría la carrera de Patrimonio de su querido Colegio San Gerónimo, como imaginamos una mañana de 2014, en la calle de madera, antes de presentar un libro mío recomendado por él a la Editorial Boloña.

Aquejado de grave enfermedad y muy debilitado por varias operaciones, renacía al pronunciar sus vibrantes discursos, como el del acto por el bicentenario de la muerte de Francisco de Miranda en 2016 y, contra todo pronóstico, pudo brillar en el 500 aniversario de La Habana, ciudad que tanto le debe, a la que consagró su vida Eusebio Leal, ese hombre excepcional de nuestro tiempo.